

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS: PARTE 6

11. Un día de éstos, para respirar un poco, clamé de lo profundo de mi corazón, y dije: ¡Ay de mí, que a tal estado he venido, y ay del alma que se viere en él! ¿A dónde iré, que todos los puertos de mi salud están cerrados? Luego me respondió una voz fuerte y suave en el mismo interior: ¿A dónde quieres ir fuera del mismo Dios? Conocí en esta respuesta que mi remedio estaba propicio en el Señor y con el aliento de esta luz comencé a levantarme de aquel confuso abatimiento en que estaba oprimida y sentí una fuerza que me fervorizaba en los deseos y en los actos de Fe, Esperanza y Caridad. Humilléme en la presencia del Altísimo y con segura confianza en su bondad infinita lloré mis culpas con amarga contrición, confeséme de ellas muchas veces y con suspiros de lo íntimo de mi alma salí a buscar mi antigua luz y verdad. Y como la Divina sabiduría se anticipa a quien la llama (Sab., 6, 17), salióme luego al encuentro con alegre semblante y serenó la noche de mi confusa y dolorosa tormenta.

12. Amanecióme luego el claro día que yo deseaba y volví a la posesión de mi quietud, gozando la dulzura del amor y vista de mi Señor y dueño, y con ella conocí la razón que tenía para creer, admitir y reverenciar los beneficios y favores de su brazo poderoso que en mí obraba. Agradecílos cuanto pude, y conocí quién soy yo y quién es Dios y lo que puede la criatura por sí sola, que todo es nada, porque nada es el pecado, y lo que puede levantada y asistida de la Divina diestra, que sin duda es mucho más de lo que imagina nuestra capacidad terrena; y abatida en el conocimiento de estas verdades y en presencia de la luz inaccesible, que es grande, fuerte, sin engaño, ni dolo, y con esta inteligencia se deshacía mi corazón en afectos dulces de amor, alabanza y agradecimiento, porque me había guardado y defendido

para que en la noche de mis confusas tentaciones no se extinguiese mi lucerna (Prov., 31, 18), y en este agradecimiento me pegaba con el polvo y humillaba hasta la tierra.

13. Para ratificar este beneficio tuve luego una interior exhortación, sin conocer con clara vista quién me la daba; pero a un mismo tiempo me reprendía con severidad mi deslealtad y mal proceder que había tenido y con amable majestad me amonestaba y alumbraba, dejándome corregida y enseñada. Diome nuevas inteligencias del bien y del mal, de la virtud y del vicio, de lo seguro, útil y de lo bueno y también de lo contrario; descubrióme el camino de la eternidad, dándome noticia de los principios, de los medios y de los fines, del aprecio de la vida eterna, de la infeliz miseria y poco advertida desdicha de la perdición sin fin.

14. En el profundo conocimiento de estos dos extremos, confieso quedé enmudecida y casi turbada entre el temor de mi fragilidad que me desmayaba y el deseo de conseguir lo que no era digna porque me hallaba sin méritos. Alentábame la piedad y misericordia del Muy Alto y el temor de perderle me afligía; miraba los dos fines tan distantes de la criatura, de eterna gloria o eterna pena, y para conseguir lo uno y desviarme de lo otro me parecían leves todas las penas y tormentos del mundo, del purgatorio y del mismo infierno. Y aunque conocía que la criatura tiene cierto y seguro el favor divino si ella quiere aprovecharse de él, pero como también entendía en aquella luz que está la muerte y la vida en nuestras manos (Eclo., 15, 18) y puede nuestra flaqueza o malicia malograr la gracia y que el madero ha de quedar adonde cayere (Ecl., 11, 3) para una y toda la eternidad, aquí desfallecía de dolor que amargamente penetraba mi corazón y alma.

15. Aumentó sumamente esta aflicción una severísima respuesta o pregunta que tuve del Señor; porque, como yo me hallaba tan aniquilada en el conocimiento de mi flaqueza y peligro y de lo que había desobligado a su justicia, no me atrevía a levantar los ojos en su presencia, y en aquella mudez encaminé mis gemidos a su misericordia. Respondióme a ellos, y díjome: ¿Qué quieres, alma? ¿Qué buscas? ¿Cuál de estos caminos eliges? ¿Cuál es tu determinación? Esta pregunta fue una flecha para mi corazón; y aunque sabía de cierto que el Señor conocía mi deseo mejor que yo misma, con todo eso era de increíble dolor la dilación de la pregunta a la respuesta, porque yo quisiera que, si fuera posible, se anticipara y no se me mostrara el Señor como ignorante de lo que yo había de responder. Pero movida de una gran fuerza respondí a voces de lo íntimo del alma, y dije: Señor y Dios todopoderoso, la senda de la virtud, el camino de la eterna vida, éste quiero, éste elijo, para que me llevéis por él, y si no lo merezco de vuestra justicia apelo a vuestra misericordia y presento en mi favor los infinitos merecimientos de vuestro Hijo Santísimo y mi Redentor Jesucristo.

16. Conocía entonces que se acordaba este sumo Juez de la palabra que dio a su Iglesia, que concedería todo lo que se le pidiese en el nombre de su Unigénito (Jn., 16, 23) y que en Él y por Él se despachaba y concedía mi petición, según mi pobre deseo, y que se me intimaba con ciertas condiciones que me declaró una voz intelectual, que me dijo en el interior: Alma criada por mano del omnipotente Dios, si pretendes como escogida seguir el camino de la verdadera luz y llegar a ser carísima esposa del Señor que te llamó, conviéndete que guardes las leyes y preceptos del amor que de ti quiere. El primero ha de ser que con efecto te niegues toda a ti misma y a todas tus inclinaciones terrenas, renunciando todo y cualquier amor de lo momentáneo, para que ni

ames ni admitas el amor de ninguna criatura visible, por más útil, hermosa, ni agradable que te parezca; de ninguna has de admitir especies, ni caricias, ni afectos, ni el de tu voluntad se ha de terminar en cosa criada más de en cuanto te lo mandare tu Señor y Esposo para el uso de la Caridad bien ordenada, o en cuanto te pueden ayudar para que le ames sólo a Él.

17. Y cuando, habiendo cumplido perfectamente con esta negación y renunciación, quedares libre y sola, alejada de todo lo terreno, quiere el Señor que con alas de paloma levantes con velocidad el vuelo a una alta habitación en que su dignación quiere colocar tu espíritu, para que en ella vivas y asistas y tengas tu morada. Este gran Señor es esposo celosísimo (Ex., 20, 5) y su amor y emulación es fuerte como la muerte (Cant., 8, 6), y así te quiere guarnecer y depositar en lugar seguro para que no salgas de él y alejarte del que no lo estarás, ni te conviene a sus caricias. Quiere asimismo señalarte de su mano con quién has de conversar sin recelos, y ésta es ley justísima que deben observar las esposas de tan gran Rey, cuando las del mundo para ser fieles lo hacen; y es debido a la nobleza de tu Esposo tú guardes la correspondencia decente a la dignidad y título que de Él recibes, sin atender a cosa alguna que sea indigna de tu estado y te haga incapaz del adorno que te dará para que entres en su tálamo.

18. Lo segundo que de ti quiere ha de ser que con diligencia te despojes de la vileza de tus vestiduras desandrajadas por tus culpas e imperfecciones, inmundas por los efectos del pecado y horribles por la inclinación de la naturaleza. Quiere Su Majestad lavar tus manchas y purificarte y renovarte con su hermosura, pero con advertencia que nunca pierdas de vista las vestiduras pobres y viles de que te despojan, para que, con la memoria de este beneficio y su conocimiento, el

nardo de la humildad despida olor de suavidad para este gran Rey (Cant., 1, 11), y que jamás pongas en olvido el retorno que debes al autor de tu salud, que con el precioso bálsamo de su sangre quiso purificarte y sanar tus llagas y copiosamente iluminarte.

19. Sobre todo esto —añadió aquella voz— para que olvidada de todo lo terreno codicie tu hermosura el sumo Rey (Sal.,44,12), quiere que seas adornada de las joyas que te tiene prevenidas de su agrado: la vestidura que te cubra toda ha de ser más blanca que la nieve, más refulgente que el diamante, más resplandeciente que el sol, pero tan delicada que fácilmente la mancharás si te descuidas; y si lo hicieres serás aborrecible para tu Esposo y si la conservares en la pureza que desea serán tus pasos hermosísimos (Cant., 7, 1) como de la hija del Príncipe y Su Majestad se pagará de tus afectos y obras. Por ceñidor de este vestido te pone el conocimiento de su poder Divino y el temor santo, para que ceñidas tus inclinaciones te ajustes y te midas con su agrado. Las joyas y collar que adornen el cuello de tu humilde rendimiento serán las ricas piedras de la Fe, Esperanza y Caridad. A los cabellos altos y eminentes de tus pensamientos y divinas inteligencias servirá de apretador la sabiduría y ciencia infusa que te comunica, y toda la hermosura y riqueza de las virtudes será el resalte que adorne tu vestidura. De sandalias te servirá la diligencia solícita en obrar lo más perfecto, y los lazos de este calzado será la detención y grillos que te han de impedir para lo malo. Los anillos, que harán tus manos agradables, serán los siete dones del Divino Espíritu, y para resplandor de tu rostro será la participación de la Divinidad que por el amor santo te iluminará, y tú añadirás el color de la confusión de haberle ofendido, que te sirva de pudor para no hacerlo en adelante, confiriendo el grosero y torpe adorno que has dejado con este tan hermoso que recibes.

20. Y porque de tu cosecha eres mísera y pobrecilla para tan alto desposorio, quiere el Altísimo hacer más firme este contrato señalándote para dote los infinitos merecimientos de tu Esposo Jesucristo como si fueran sólo para ti, y te hace participante de su hacienda y tesoros, que contienen todo cuanto en los cielos y en la tierra está encerrado. Todo es hacienda de este Supremo Señor y de todo serás dueña como esposa para usar de ello en Él mismo y para más amarle. Pero advierte, alma, que para lograr tan raro beneficio quiere tu Señor y Esposo que te recojas toda dentro de ti misma, sin que jamás pierdas tu secreto; porque te aviso del peligro, que macularás esta hermosura con cualquiera pequeña imperfección; pero si como flaca la cometas, levántate luego como fuerte y llora como agradecida pesando tu pequeña culpa, como si fuera la más grave.

21. Y para que también tengas habitación y lugar conveniente a tal estado, no te quiere estrechar tu Esposo la morada, antes gusta de señalarte, para que siempre habites en los espacios interminables de su Divinidad, que te dilates y espacies por los inmensos campos de sus atributos y perfecciones, donde la vista se dilata sin hallar término, la voluntad se deleita sin zozobra, el gusto se sacia sin amargura. Este es el paraíso siempre ameno, donde se recrean las esposas carísimas de Cristo y donde cogen las flores y la mirra fragantes y donde se halla el todo infinito por haber negado la imperfecta nada. Aquí será tu habitación segura, y porque a ella corresponda tu conversación y compañía quiere la tengas con los Ángeles y los tengas por amigos y compañeros y de su frecuente conversación y trato copies en ti misma sus virtudes y en ellas los límites.

22. Advierte, alma —continuó la voz— en la largueza de este beneficio, porque la Madre de tu Esposo y Reina de los cielos de nuevo te adopta por su hija, te admite por

discípula y se constituye por tu Madre y Maestra; y por su intercesión recibes tan singulares favores y todos se te conceden para que escribas su Santísima Vida, y por este medio se te ha perdonado lo que tú no merecías y se te ha concedido lo que sin esta ocupación no alcanzaras. ¿Qué fuera, alma, de ti, si no es por la Madre de Piedad? Ya hubieras perecido si su intercesión te faltara, y si por la Divina dignación no hubieras sido escogida para escribir esta Historia pobres e inútiles fueran tus obras, pero el Eterno Padre te elige por su hija, mirando a este fin, y por esposa de su Hijo Unigénito, y el Hijo te admite para que participes de sus estrechos abrazos, el Espíritu Santo para sus iluminaciones. La escritura de este contrato y desposorio se stampa e imprime en el papel blanco de la pureza de María Santísima, escríbela el dedo del Altísimo y su poder, la tinta es la Sangre del Cordero, el ejecutor el Padre Eterno, el vínculo que te unirá con Cristo es el divino Espíritu y el fiador serán los méritos del mismo Jesucristo y de su Madre, pues tú eres un vil gusanillo y nada tienes que ofrecer, y sólo se te pide la voluntad.

23. Hasta aquí llegó la voz y amonestación que se me dio. Y aunque juzgaba ser de ángel, pero entonces no le conocí tan claro, porque no le veía como otras veces; que en manifestarse o encubrirse se acomodan estos beneficios a la disposición que tiene el alma para recibirlos, como sucedió a los discípulos de Emaús (Lc., 24, 16). Otros muchos sucesos se me ofrecieron para vencer la contradicción de la serpiente en escribir esta divina Historia, que sería alargar demasiado el discurso referirlos ahora; pero continué algunos días la oración, pidiendo al Señor me gobernase y enseñase para no errar, representándole mi insuficiencia y encogimiento. Respondióme siempre Su Majestad que ordenase mi vida con toda pureza y grande perfección y continuase lo comenzado, y especialmente la Reina de los Ángeles

muchas veces me intimó su voluntad con gran dulzura y caricia, mandándome que como hija la obedeciese en escribir su Vida santísima como había comenzado.

24. A todo esto quise juntar la seguridad de la obediencia, y sin manifestar lo que entendía del Señor y de su Madre Santísima, pregunté a mi prelado y confesor lo que me ordenaba hiciese en esta materia. Respondióme mandándome por obediencia que escribiese, continuando esta segunda parte. Hallándome ya compelida del Señor y de la obediencia, volví de nuevo a la presencia del Altísimo, donde un día fui presentada en la oración y desnudándome de todo afecto mío, conociendo mi poquedad y peligro de errar, postrada ante el tribunal Divino, dije a Su Majestad: Señor mío, Señor mío, ¿qué queréis hacer de mí? Y a esta proposición tuve la inteligencia siguiente:

25. Parecióme que la Divina luz de la Beatísima Trinidad me manifestaba pobre y llena de defectos y reprendiéndome por ellos con severidad me amonestaba, dándome altísima doctrina y documentos saludables para la perfección de vida; y para esto me purificaron y me iluminaron de nuevo. Conocí que la Madre de la gracia María Santísima, estando presente al trono de la Divinidad, intercedía y pedía por mí. Con aquel amparo alenté mi confianza y, valiéndome de la clemencia de tal Madre, me volví a ella y la dije solas estas palabras: Señora mía y mi refugio, atended como Madre verdadera a la pobreza de vuestra esclava. Parecióme que oía mi petición y que hablando con el Altísimo le decía: Señor mío, a esta inútil y pobre criatura quiero admitir de nuevo por hija y adoptarla para mí. ¡Acción de Reina liberalísima y poderosa! Pero respondióla el Altísimo: Esposa mía, para tan gran favor como ése, ¿qué alega esa alma de su parte, pues ella no lo merece, que es gusanillo inútil y pobre, desagradecida a nuestros dones?

26. ¡Oh fuerza incomparable de la Divina palabra! ¿Cómo diré yo los efectos que causó en mí esta respuesta del Todopoderoso? Humillóme hasta mi nada y conocí la miseria de la criatura y mis ingratitudes para con Dios, y deshacíase mi corazón entre el dolor de mis culpas y el deseo de conseguir aquella no merecida y gran dicha de ser hija de esta soberana Señora. Alzaba con temor los ojos al trono del Muy Alto y mi rostro se mudaba con la turbación y la esperanza; convertíame a mi intercesora y, deseando me admitiese por esclava, pues no merecía el título de hija, hablaba con lo íntimo del alma sin formar palabras, y entendía que le decía la gran Señora al Altísimo:

27. Divino Rey y Dios mío, verdad es que no tiene de su parte esta pobre criatura qué ofrecer a vuestra justicia; mas yo por ella presento los merecimientos y la sangre que por ella derramó mi Hijo Santísimo y con ellos presento la dignidad de Madre de vuestro Unigénito, que recibí de vuestra inefable piedad, todas las obras que hice en su servicio y haberle traído en mis entrañas y alimentado con la leche de mis pechos y sobre todo os presento vuestra misma divinidad y bondad; y os suplico tengáis por bien que esta criatura quede ya adoptada por mi hija y mi discípula, que yo la fío. Con mi enseñanza enmendará sus faltas y perfeccionará sus obras a vuestro beneplácito.

28. Concedió el Altísimo esta petición —i sea eternamente alabado, que oyó a la gran Reina intercediendo por la menor de las criaturas!— y luego sentí grandes efectos con júbilo de mi alma, los cuales no es posible explicar; pero con todo afecto me convertí a todas las criaturas del cielo y de la tierra y sin poder contener el alborozo las convidé a todas para que por mí y conmigo alabasen al autor de la gracia. Paréceme que a voces les decía: ¡Oh moradores y cortesanos del cielo

y todas las criaturas vivientes, formadas por la mano del Muy Alto, mirad esta maravilla de su liberal misericordia, y por ella le bendecid y alabad eternamente, pues a la más vil del universo ha levantado del polvo, a la más pobre ha enriquecido, a la más indigna ha honrado como sumo Dios y poderoso Rey! Y si vosotros, hijos de Adán, veis a la más huérfana amparada, a la más pecadora perdonada, salid ya de vuestra ignorancia, levantaos de vuestro desaliento y animad vuestra esperanza; que si a mí el brazo poderoso me ha favorecido, si me ha llamado y perdonado, todos podéis esperar vuestra salud; y si la queréis tener segura, buscad, buscad el amparo de María Santísima, solicitad su intercesión y la sentiréis Madre de inefable misericordia y clemencia.

29. Convertíme también a esta poderosísima Reina, y la dije: Ea, Señora mía, ya no me llamaré huérfana, pues tengo madre, y madre Reina de todo lo criado; ya no seré ignorante, si no por mi culpa, pues tengo maestra de la divina sabiduría; no pobre, pues tengo dueña que lo es de todos los tesoros del cielo y tierra; ya tengo madre que me ampare, maestra que me enseñe y me corrija, señora que me mande y me gobierne. Bendita sois entre todas las mujeres, maravillosa entre las criaturas, admirable en los cielos y en la tierra, y todos confiesen vuestra grandeza con eternas alabanzas. No es fácil ni posible que la menor de las criaturas, el más vil gusano de la tierra, os dé el retorno; recibidle de la Divina diestra y a la vista beatífica donde estáis en Dios gozándoos por todas las eternidades. Yo quedaré reconocida y obligada esclava, alabando al Todopoderoso lo que la vida me durare; porque me favoreció su liberal misericordia, dándome a vos, Reina mía, por Madre y Maestra. Mi silencio afectuoso os alabe, que mi lengua no tiene razones ni términos adecuados para hacerlo; todos son coartados y limitados.


30. No es posible explicar lo *que* siente el alma en tales misterios y beneficios. Este fue de grandes bienes para la mía, porque luego se me intimó una perfección de vida y de obras, que me faltan términos para decirla como la entendí; pero todo esto —me dijo el Altísimo— se me concedía por María Santísima, y para que escribiese su Vida. Y conocí que confirmando el Eterno Padre este beneficio, me elegía para que manifestase los sacramentos de su Hija, y el Espíritu Santo para que con su influencia y luz declarase los ocultos dones de su Esposa, y el Hijo Santísimo me destinaba para que abriese los misterios de su Madre Purísima María. Y para disponerme en esta obra, conocí que la Beatísima Trinidad iluminaba y bañaba mi espíritu con especial luz de la Divinidad y que el poder divino tocaba mis potencias como con un pincel y las iluminaba con nuevos hábitos para las operaciones perfectas en esta materia.

31. Mandóme también el Altísimo que con todo mi desvelo procurase imitar, según mis flacas fuerzas alcanzasen, todo lo que entendiese y escribiese de las virtudes heroicas y operaciones santísimas de la Reina divina, ajustando mi vida con este ejemplar. Y reconociéndome yo tan inepta como soy para cumplir con esta obligación, la misma Reina clementísima me ofreció de nuevo su favor y enseñanza para todo lo que el Altísimo me mandaba y destinaba. Luego pedí la bendición a la Santísima Trinidad, para dar principio a la segunda parte de esta divina Historia y conocí que todas tres personas me la daban como singularmente cada una; y saliendo de esta visión procuré lavar mi alma con los sacramentos y contrición de mis culpas y en el nombre del Señor y de la obediencia puse las manos en esta obra, para gloria del Altísimo y de su Madre Santísima y siempre inmaculada Virgen María.

32. Esta segunda parte comprende la vida de la Reina

desde el misterio de la Encarnación hasta la subida de Cristo nuestro Señor a los cielos inclusive, que es lo más y lo principal de esta divina Historia, porque abraza toda la vida y misterios del mismo Señor con su pasión y muerte santísima. Y sólo quiero advertir aquí que los beneficios y gracias concedidas a María Santísima, para prevenirla al misterio de la Encarnación, tomaron la corrida desde el instante de su Inmaculada Concepción, porque entonces en la mente y decreto del mismo Dios era ya Madre del Verbo Eterno. Pero como se iba acercando al efecto de la Encarnación, iban creciendo los dones y favores de la gracia, y aunque parecen todos de una misma especie o género desde el principio, pero íbanse aumentando y creciendo; y yo no tengo términos nuevos y diferentes que adecúen a estos aumentos y nuevos favores, y así es necesario en toda esta Historia remitirnos al poder infinito del Señor, que dando mucho le queda infinito que dar de nuevo, y la capacidad del alma, y más en la Reina del Cielo, tiene su género de infinidad para recibir más y más, como sucedió, hasta llegar al colmo de santidad y participación de la Divinidad, que ninguna otra criatura pura ha llegado ni llegará eternamente. El mismo Señor me ilustre para que en esta obra prosiga con su Divino beneplácito. Amén.

LIBRO III

 ONTIENE LA ALTÍSIMA DISPOSICIÓN QUE EL TODOPODEROSO OBRÓ EN MARÍA SANTÍSIMA PARA LA ENCARNACIÓN DEL VERBO, LO TOCANTE A ESTE MISTERIO, EL EMINENTÍSIMO ESTADO EN QUE QUEDÓ LA FELIZ MADRE, LA VISITACIÓN A SANTA ISABEL Y SANTIFICACIÓN DEL BAUTISTA, LA VUELTA A NAZARET Y UNA MEMORABLE BATALLA QUE TUVO CON LUCIFER.

CAPITULO 1

Comienza el Altísimo a disponer en María Santísima el misterio de la Encarnación y su ejecución por nueve días antecedentes. Declárese lo que sucedió en el primero.

1. Puso el Muy Alto a nuestra Reina y Señora en las obligaciones de esposa del Santo José y en ocasión de conversar más con los prójimos, para que su vida inculpable fuese a todos ejemplar de suma santidad. Hallándose la divina Señora en este nuevo estado, pensó y discurrió tan altamente y ordenó las operaciones de su vida con tal sabiduría, que fue admirable emulación para la angélica naturaleza y magisterio nunca visto para la humana. Pocos la conocían, y menos la comunicaban; pero éstos, más dichosos, recibían todos tan divinos influjos de aquel cielo de María, que con admirable júbilo y conceptos peregrinos querían dar voces y publicar la lumbre que les encendía los corazones, conociendo se derivaba de la presencia de María Purísima. No ignoraba la Prudentísima Reina estos efectos de la mano del Altísimo, pero ni era tiempo de fiárselos al mundo, ni su profundísima humildad lo consentía. Pedía al Señor continuamente la ocultase de los hombres y que todos los favores de su diestra redundasen en sola su alabanza y permitiese que fuese ella ignorada y despreciada de todos los mortales, porque no fuese ofendida su bondad infinita.

2. Estas peticiones de su Esposa admitía el Señor en grande parte y disponía su providencia que la misma luz enmudeciese a los que con ella se inclinaban a engrandecerla, y movidos de la virtud Divina se dejaban y se convertían al interior, alabando al Señor por la luz que en él sentían, y con una preñez de admiración suspendían el juicio y dejando la criatura se volvían al

Criador. Muchos salían de pecado sólo con haberla mirado y otros mejoraban sus vidas y todos se componían a su vista, porque recibían celestiales influencias en sus almas; pero luego se olvidaban del mismo original de donde se copiaba, porque si le tuvieran presente o conservaran su imagen, nadie sufriera el alejarse de ella y todos la buscaran desalados, si Dios no lo impidiera con misterio.

3. En obras de donde tales frutos se cogían y en aumentar los méritos y gracias de donde todo procedía, se ocupó nuestra Reina, esposa de José, por seis meses y diecisiete días, que pasaron de su desposorio hasta la Encarnación del Verbo. Y no puedo detenerme en referir por menor los actos tan heroicos como hizo de todas las virtudes interiores y exteriores, de caridad, humildad, religión, limosnas, beneficios y otras obras de misericordia; porque todo esto excede a la pluma y a la capacidad. Con lo que más se manifestará es con decir que halló el Altísimo en María Santísima la plenitud de su agrado y el lleno de su deseo y la correspondencia de pura criatura debida a su Criador. Con esta santidad y merecimientos se halló Dios como obligado y, a nuestro entender, compelido, para apresurar el paso y extender el brazo de su omnipotencia a la mayor de las maravillas que antes ni después se conocerá, tomando carne humana el Unigénito del Padre en las entrañas virginales de esta Señora.

4. Para ejecutar esta obra con la decencia digna del mismo Dios, previno singularmente a María Santísima por nueve días que inmediatamente precedieron al misterio, y soltando el ímpetu del río (Sal., 45, 5) de la Divinidad, para que inundase con sus influjos a esta Ciudad de Dios, comunicóle tantos dones, gracias y favores, que yo enmudezco en el conocimiento que de esta maravilla se me ha dado y se acobarda mi bajeza para referir lo que

entiendo; porque la lengua, la pluma y todas las potencias de las criaturas son instrumentos improporcionados para revelar tan encumbrados sacramentos. Y así quiero que se entienda que cuanto aquí dijere es una oscura sombra de la menor parte de esta maravilla y prodigio inexplicable, que no se ha de medir con nuestros limitados términos, mas con el poder Divino que no los tiene.

5. El primero día de esta felicísima novena sucedió que la divina princesa María, después de algún pequeño alivio que recibía, se levantó a media noche a imitación de su padre (Santo Rey) David (Sal., 118, 62) —que éste era el orden y concierto que le había dado el Señor— y postrada en la presencia del Altísimo comenzó su acostumbrada oración y santos ejercicios. Hablaronla los Santos Ángeles que la asistían, y la dijeron: Esposa de nuestro Rey y Señor, levantaos, que Su Majestad os llama. Levantóse con fervoroso afecto, y respondió: El Señor manda que del polvo se levante el polvo. Y convertida a la cara del mismo Señor que la llamaba, continuó diciendo: Altísimo y poderoso Dueño mío, ¿qué queréis hacer de mí? En estas palabras su alma santísima fue en espíritu elevada a otra nueva y más alta habitación, más inmedita al mismo Señor y más remota de todo lo terreno y momentáneo.

6. Sintió luego que allí la disponían con aquellas iluminaciones y purificaciones que recibía otras veces para alguna más alta visión de la Divinidad. Y no me detengo en referirlas, porque lo hice en la primera parte (Cf. supra p. I n. 623-629, 632). Con esto se le manifestó la Divinidad por visión, no intuitiva, sino abstractiva; pero con tanta evidencia y claridad, que de aquel objeto incomprendible comprendió más esta Señora por este modo que los bienaventurados con el que intuitivamente le conocen y le gozan. Fue esta visión más alta y más

profunda que otras de este género; porque cada día la divina Señora se hacía más idónea y unos beneficios, usando tan perfectamente de ellos, la disponían para otros y las repetidas noticias y visiones de la Divinidad la hacían más robusta para obrar con mayor fuerza cerca de aquel objeto infinito.

7. Conoció en esta visión nuestra princesa María altísimos secretos de la Divinidad y de sus perfecciones, y especialmente de su comunicación *ad extra* por la obra de la creación; y cómo procedió de la bondad y liberalidad de Dios y cómo para su ser Divino y su infinita gloria no había menester las criaturas, porque sin ellas estaba glorioso en sus interminables eternidades, antes de la creación del mundo. Muchos sacramentos y secretos se le comunicaron a nuestra Reina que ni se pueden ni deben manifestar a todos, porque sola ella fue la única y electa (Cant., 6, 8) para estas delicias (Cant., 7,6) del sumo Rey y Señor de lo criado. Pero conociendo Su Alteza en esta visión aquel peso e inclinación de la Divinidad para comunicarse *ad extra*, mayor que le tienen todos los elementos cada uno a su centro, y como estaba tan entrañada en la esfera de aquel fuego del divino amor, enardecida en él pidió al Padre Eterno enviase al mundo a su Unigénito y diese a los hombres su remedio y a su misma Divinidad y perfecciones diese —a nuestro entender— la satisfacción y ejecución que pedían.

8. Eran para el Señor muy dulces estas palabras de su Esposa, eran la purpúrea venda (Cant., 4, 3) con que ligaba y compelia su amor. Y para venir a la ejecución de sus deseos, quiso prevenir de cerca el tabernáculo o el templo a donde quería descender desde el pecho de su Eterno Padre. Determinó darle a su amada y escogida para madre noticia clara de todas las obras *ad extra*, como las había su omnipotencia fabricado. Y este día en

la misma visión le manifestó todo lo que hizo en el día primero de la creación del mundo, que se refiere en el Génesis (Gén., 1, 1-5) y las conoció todas con más claridad y comprensión que si las tuviera presentes a los ojos corporales, porque las conoció primero en el mismo Dios y después en sí mismas.

9. Entendió y conoció cómo en el principio crió el Señor el cielo y la tierra, cuánto y cómo estuvo vacía y las tinieblas sobre la cara del abismo, cómo el espíritu del Señor era llevado sobre las aguas y cómo al Divino mandato fue hecha la luz y su condición, y que dividiendo las tinieblas, ellas se llamaron noche y la luz día; y en esto se gastó el primero. Conoció la grandeza de la tierra, su longitud, latitud y profundidad, sus cavernas, infierno, limbo y purgatorio con sus habitantes, las regiones, climas, meridianos y división en las cuatro partes del mundo y todos los que las ocupan y habitan. Conoció con la misma claridad los orbes inferiores y cielo empíreo, y cuándo fueron criados los ángeles en el día primero, y entendió su naturaleza y condiciones, diferencias, jerarquías, oficios, grados y virtudes. Fuele manifestada la rebeldía de los ángeles malos y su caída, con las causas y ocasiones que tuvo —ocultábale siempre el Señor lo que a ella le tocaba—. Entendió el castigo y efectos del pecado en los demonios, conociéndolos como ellos en sí mismos son; y para fin de este favor del primer día le manifestó de nuevo el Señor, cómo ella era formada de aquella baja materia de la tierra y de la naturaleza de todos los que se convierten en polvo; y no le dijo que sería ella convertida en él, pero diole tan alto conocimiento del ser terreno, que se humilló la gran Reina hasta el profundo de la nada y siendo inculpable se abatió más que todos los hijos de Adán juntos y llenos de miserias.

10. Toda esta visión y sus efectos ordenaba el Altísimo

para abrir en el corazón de María las zanjias tan profundas como pedía el edificio que en ella quería edificar, que tocase hasta la unión sustancial e hipostática de la misma Divinidad. Y como la dignidad de Madre de Dios era sin término y de alguna infinidad, convenía que se fundase en una humildad proporcionada y que fuese ilimitada sin pasar los límites de la razón; pero llegando a lo supremo de la virtud, tanto se humilló la bendita entre las mujeres que la Santísima Trinidad quedó como pagada y satisfecha y —a nuestro modo de entender— obligada a levantarla al grado y dignidad más eminente entre las criaturas y más inmediato a la Divinidad; y con este beneplácito la habló Su Majestad y la dijo:

11. Esposa y paloma mía, grandes son mis deseos de redimir al hombre del pecado, y mi piedad inmensa está como violentada mientras no desciendo a reparar el mundo; pídemme continuamente estos días con grande afecto la ejecución de estos deseos y, postrada en mi real presencia, no cesen tus peticiones y clamores, para que con efecto descienda el Unigénito del Padre a unirse con la humana naturaleza.—A este mandato respondió la divina Princesa, y dijo: Señor y Dios eterno, cuyo es todo el poder y sabiduría, a cuya voluntad nadie puede resistir (Est., 13, 9), ¿quién impide vuestra omnipotencia?, ¿quién detiene el corriente impetuoso de vuestra Divinidad, para no ejecutar vuestro beneplácito en beneficio de todo el linaje humano? Si acaso, amado mió, soy yo el óbice de este impedimento para beneficio tan inmenso, muera primero que yo resista a vuestro gusto; no puede caer este favor en merecimiento de ninguna criatura, pues no queráis, Dueño y Señor mío, aguardar a que más lo vengamos a desmerecer. Los pecados de los hombres se multiplican y crecen más Vuestras ofensas, pues ¿cómo llegaremos a merecer el mismo bien de que nos hacemos cada día más indignos?

En vos mismo está, Señor mío, la razón y el motivo de nuestro remedio: vuestra bondad infinita, Vuestras misericordias sin número os obligan, los gemidos de los profetas y padres de vuestro pueblo os solicitan, los santos os desean, los pecadores aguardan y todos juntos claman; y si yo vil gusanillo no desmerezco Vuestra dignación con mis ingratitudes, os suplico con lo íntimo de mi alma aceleréis el paso y lleguéis a nuestro remedio por Vuestra misma gloria.

12. Acabó esta oración la Princesa del cielo y volvió luego a su ordinario y más natural estado; pero con el nuevo mandato que tenía del Señor fue continuando todo aquel día las peticiones por la Encarnación del Verbo y con profundísima humildad repitió los ejercicios de postrarse en la tierra y orar en forma de cruz; porque el Espíritu Santo que la gobernaba le había enseñado esta postura, de que tanto se había de complacer la Beatísima Trinidad, y como si de su real trono en el cuerpo de la futura Madre del Verbo mirara crucificada la persona de Cristo, así recibía aquel matutino sacrificio de la Purísima Virgen, en que prevenía el de su Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

13. Hija mía, no son capaces los mortales para entender las obras indecibles que el brazo de la Omnipotencia obró en mí, disponiéndome para la Encarnación del Verbo Eterno; señaladamente los nueve días que precedieron a tan alto sacramento fue mi espíritu elevado y unido con el ser inmutable de la Divinidad y quedó anegado en aquel piélago de infinitas perfecciones, participando de todas ellas eminentes y divinos efectos que no pueden venir en corazón humano. La ciencia que me comunicó de las criaturas penetraba hasta lo íntimo de todas ellas, con mayor claridad y privilegios que la de todos los espíritus angélicos, siendo

ellos tan admirables en este conocimiento de todo lo criado, después de ver a Dios, y las especies de todo lo que entendí me quedaron impresas, para usar de ellas después a mi voluntad.

14. Lo que de ti quiero ahora ha de ser que, atenta a lo que yo hice con esta ciencia, me imites según tus fuerzas con la luz infusa que para esto has recibido; aprovecha la ciencia de las criaturas, formando de ellas una escala que te encamine a tu Criador, de suerte que en todas busques su principio de donde se originan y su fin a donde se ordenan; de todas te sirve para espejo en que reverbere su Divinidad, para recuerdo de su omnipotencia y para incentivos del amor que de ti quiere. Admírate con alabanza de la grandeza y magnificencia del Criador y en su presencia te humilla a lo ínfimo del polvo y nada dificultes de hacer ni padecer para llegar a ser mansa y humilde de corazón. Atiende, carísima, cómo esta virtud fue el fundamento firmísimo de todas las maravillas que obró el Altísimo conmigo; y para que aprecies esta virtud, advierte que entre todas, así como es tan preciosa, también es delicada y peligrosa, y si en alguna cosa la pierdes y no eres humilde en todas sin diferencia, no lo serás con verdad en alguna. Reconoce el ser terreno y corruptible que tienes y no ignores que el Altísimo con grande providencia formó al hombre de manera que su mismo ser y formación le intimase, le enseñase y repitiese la importante lección de la humildad y que jamás le faltase este magisterio; por esto no le formó de más noble materia y le dejó el peso del santuario (Ex., 30, 24) en su interior, para que en una balanza ponga el ser infinito y eterno del Señor, y en otra el de su vilísima materia; y con esto le dé a Dios lo que es de Dios (Mt., 22, 21) y a sí mismo se dé lo que le toca.

15. Yo hice con perfección este juicio para ejemplo y doctrina de los mortales, y quiero que tú le hagas a mi

imitación y que tu desvelo y estudio sea en ser humilde, con que darás gusto al Altísimo y a mí, que quiero tu verdadera perfección, y que se funde sobre las zanjas profundísimas de tu conocimiento, y cuanto más las profundes más alto y encumbrado subirá el edificio de la virtud y tu voluntad hallará lugar más íntimo en la del Señor; porque mira desde la altura de su solio a los humildes de la tierra (Sal., 112, 6).

CAPITULO 2

Continúa el Señor el día segundo los favores y disposición para la Encarnación del Verbo en María Santísima.

17. En prosecución de este intento fue continuando el supremo Señor los favores con que dispuso a María santísima los nueve días que voy declarando, inmediatos a la encarnación; y llegando el día segundo, a la misma hora de media noche fue visitada Su Alteza en la misma forma que dije en el capítulo pasado, elevándola el poder divino con aquellas disposiciones, cualidades o iluminaciones que la preparaban para las visiones de la Divinidad. Manifestósele este día abstractivamente, como en el primero, y vio las obras que tocaban al día segundo de la creación del mundo: conoció cuándo y cómo hizo Dios la división de las aguas, unas sobre el firmamento y otras debajo, formando en medio el firmamento (Gén., 1, 6-7) y de las superiores el cielo cristalino que llaman ácueo. Penetró la grandeza, orden, condiciones, movimientos y todas las cualidades y condiciones de los cielos.

18. No era ociosa esta ciencia ni estéril en la Prudentísima Virgen, porque redundaban en ella casi inmediatamente de la clarísima luz de la Divinidad, y así la inflamaba y enardecía en la admiración, alabanza y

amor de la bondad y poder Divino, y transformada en el mismo Dios hacía heroicos actos de todas las virtudes, complaciendo a Su Majestad con plenitud de su agrado. Y como el día primero precedente la hizo Dios participante del atributo de su sabiduría, así este segundo día le comunicó en su modo el de la omnipotencia y la dio potestad sobre las influencias de los cielos y planetas y elementos, y mandó que todos la obedeciesen. Quedó esta gran Reina con imperio y dominio sobre el mar, tierra, elementos y orbes celestes, con todas las criaturas que en ellos se contienen.

19. Este dominio y potestad pertenecía también a la dignidad de María Santísima por la razón que arriba he dicho y, a más de esto, por otras dos especiales: la una, porque esta Señora era Reina privilegiada y exenta de la ley común del pecado original y sus efectos; y por esto no debía ser encartada en el padrón universal de los insensatos hijos de Adán, contra quienes dio armas (Sab., 5, 18) el Omnipotente a las criaturas, para vengar sus injurias y castigar la locura de los mortales; porque si ellos no se hubieran convertido inobedientes contra su Criador, tampoco los elementos y sus criaturas les fueran inobedientes ni molestos, ni convirtieran contra ellos el rigor de su actividad e inclemencias; y si esta rebelión de las criaturas fue castigo del pecado, no se había de entender con María Santísima inmaculada e inculpable; ni tampoco en este privilegio debía de ser inferior a la naturaleza angélica, a quien ni alcanza esta pena del pecado ni tiene jurisdicción sobre ella la virtud elemental. Aunque María Santísima era de naturaleza corpórea y terrena, pero en ella fue más estimable, como más peregrino y costoso, el subir a la altura de todas las criaturas terrenas y espirituales y hacerse con sus méritos condigna Reina y Señora de todo lo criado; y más se le debía conceder a la Reina que a los vasallos, más a la Señora que a los siervos.

20. La segunda razón era, porque a esta divina Reina había de obedecer su Hijo Santísimo como a Madre, y pues Él era Criador de los elementos y de todas las cosas, estaba puesto en razón que todas ellas obedeciesen a quien el mismo Criador debía su obediencia, y que ella las mandase a todas, pues la persona de Cristo en cuanto hombre había de ser gobernada por su Madre, por obligación y ley de la naturaleza. Y tenía este privilegio grande conveniencia para realzar las virtudes y méritos de María Santísima; porque en ella venía a ser voluntario y meritorio lo que en nosotros es forzoso, y de ordinario contra nuestra voluntad. No usaba la prudentísima Reina de este imperio sobre los elementos y criaturas indistintamente y en obsequio de su propio sentido y alivio; antes mandó a todas las criaturas que con ella ejercitasen las operaciones y acciones que le podían ser penales y molestas naturalmente, porque en esto había de ser semejante a su Hijo Santísimo y padecer con él. Y no sufriría el amor y humildad de esta gran Señora que las inclemencias de las criaturas se detuvieran y suspendieran privándola del aprecio del padecer, que conocía tan estimable en los ojos del Señor.

21. Sólo en algunas ocasiones, que conocía no ser en obsequio suyo, sino de su Hijo y Criador, imperaba la dulce Madre sobre la fuerza de los elementos y sus operaciones, como veremos adelante (Cf. infra n.543, 590, 633) en las peregrinaciones de Egipto y en otras ocasiones, donde prudentísimamente juzgaba que convenía, para que las criaturas reconociesen a su Criador y le hiciesen reverencia (Cf. infra 185, 485, 636; p. III n. 471) o le abrigasen y sirviesen en alguna necesidad. ¿Quién de los mortales no se admira en el conocimiento de tan nueva maravilla? Ver una criatura pura y terrena y mujer con el imperio y dominio de todo lo criado, y que en su estimación y en sus ojos se reputase por la más

indigna y vil de todas ellas, y con esta consideración mande a las iras de los vientos y al rigor de sus operaciones que se conviertan contra ella, y que por obedientes lo cumplan; pero como temerosos y corteses a tal Señora, obraban más en obsequio de su rendimiento que por vengar la causa de su Criador, como lo hacen con los demás hijos de Adán.

22. En presencia de esta humildad de nuestra invicta Reina, no podemos negar los mortales nuestra vanísima arrogancia, si no le llamo atrevimiento, pues cuando merecíamos que todos los elementos y las fuerzas ofensivas de todo el universo se rebelen contra nuestras insanias, así nos querellamos de su rigor, como si el molestarnos fuera agravio. Condenamos el rigor del frío, no queremos sufrir que nos fatigue el calor, todo lo penoso aborrecemos, y todo el estudio ponemos en culpar estos ministros de la Divina justicia y buscar a nuestros sentidos el sagrado de las comodidades y deleites, como si nos hubiera de valer para siempre, y no fuera cierto que nos sacarán de él para más duro castigo de nuestras culpas.

23. Volviendo a estos dones de ciencia y potencia que se le dieron a la Princesa del cielo, y a los demás que la disponían para digna Madre del Unigénito del eterno Padre, se entenderá su excelencia, considerando en ellos un linaje de infinidad o comprensión participada de la del mismo Dios y semejante a la que después tuvo el alma santísima de Cristo; porque no sólo conoció todas las criaturas con el mismo Dios, pero las comprendía de suerte que las encerraba en su capacidad y pudiera extenderse a conocer otras muchas si hubiera que conocer. Y llamo yo infinidad a esto, porque parece a la condición de la ciencia infinita, y porque juntamente sin sucesión miraba y conocía el número de los cielos, su latitud, profundidad, orden, movimientos, cualidades,

materia y forma, los elementos con todas sus condiciones y accidentes, todo lo conocía junto; y sólo ignoraba la Virgen sapientísima el fin próximo de todos estos favores, hasta que llegase la hora de su consentimiento y de la inefable misericordia del Altísimo; pero continuaba estos días sus peticiones fervorosas por la venida del Mesías, porque se lo mandaba el mismo Señor, y le daba a conocer que no se tardaría, porque se llegaba el tiempo destinado.

Doctrina que me dio la Reina del cielo.

24. Hija mía, por lo que vas entendiendo de mis favores y beneficios para ponerme en la dignidad de Madre del Altísimo, quiero que conozcas el orden admirable de su sabiduría en la creación del hombre. Advierte, pues, cómo su Criador le hizo de nada, no para que fuese siervo, mas para rey y señor de todas las cosas (Gén., 1, 26) y que de ellas se sirviese con imperio, mando y señorío; pero reconociéndose juntamente por hechura y por imagen de su mismo Hacedor y estando más rendido a Él y más atento a su voluntad que las criaturas a la del mismo hombre, porque así lo pide el orden de la razón. Y para que no le faltase al hombre la noticia y conocimiento del Criador y de los medios para saber y ejecutar su voluntad, le dio sobre la luz natural otra mayor, más breve, más fácil, más cierta y más sin costa y general para todos, que fue la lumbre de la Fe divina, con que conociese el ser de Dios y sus perfecciones y con ellas juntamente sus obras. Con esta ciencia y señorío quedó el hombre bien ordenado, honrado y enriquecido, sin excusa para dedicarse todo a la Divina voluntad.

25. Pero la estulticia de los mortales turba todo este orden y destruye esta divina armonía, cuando el que fue criado para señor y rey de las criaturas se hace vil esclavo de ellas mismas y se sujeta a su servidumbre,

deshonrando su dignidad y usando de las cosas visibles, no como señor prudente, pero como inferior indigno, y no reconociéndose superior cuando se constituye y se hace inferiorísimo a lo más ínfimo de las criaturas. Toda esta perversidad nace de usar de las cosas visibles, no para obsequio del Criador ordenándolas a él con la Fe, sino de usar mal de todo, sólo para saciar las pasiones y sentidos con lo deleitable de las criaturas, y por esto aborrecen tanto a las que no lo son.

26. Tú, carísima, mira con la Fe a tu Señor y Criador, y en tu alma procura copiar la imagen de sus Divinas perfecciones; no pierdas el imperio y el dominio de las criaturas para que ninguna sea superior a tu libertad, antes quiero que de todas triunfes y nada se interponga entre tu alma y tu Dios. Sólo te has de sujetar con alegría, no a lo deleitable de las criaturas, porque se oscurecerá tu entendimiento y enflaquecerá tu voluntad, pero a lo molesto y penoso de sus inclemencias y operaciones, padeciéndolo con alegre voluntad, pues yo lo hice por imitar a mi Hijo Santísimo, aunque tuve potestad para elegir el descanso y no tenía pecados que satisfacer.

CAPITULO 3

Continúase lo que el Altísimo concedió a María Santísima en el día tercero de los nueve antes de la Encarnación.

27. La diestra del omnipotente Dios, que a María Santísima hizo franca la entrada de su Divinidad, iba enriqueciendo y adornando con las expensas de sus infinitos atributos aquel purísimo espíritu y cuerpo virginal que había escogido para tabernáculo, para templo y ciudad santa de su habitación; y la divina Señora engolfada en aquel océano de la divinidad se alejaba cada día más del ser terreno y se transformaba

en otro celestial, descubriendo nuevos sacramentos que la manifestaba el Altísimo; porque como es objeto infinito y voluntario, aunque se sacie el apetito con lo que recibe, queda más que desear y entender. Ninguna pura criatura llegó ni llegará a donde María Santísima. Penetró en el conocimiento de Dios y de las criaturas y, en estos beneficios, grandes profundidades, sacramentos y secretos, los cuales todas las jerarquías de los ángeles ni hombres juntos no los alcanzarán, a lo menos lo que recibió esta Princesa del Cielo para ser Madre del Criador.

28. El día tercero de los nueve que voy declarando, precediendo las mismas preparaciones que dije en el capítulo primero, se le manifestó la Divinidad en visión abstractiva como los otros dos días. Muy tarda y desigual es nuestra capacidad para ir entendiendo los aumentos que iban recibiendo estos dones y gracias que acumulaba el Altísimo en la divina María, y a mí me faltan nuevos términos para explicar algo de lo que se me ha manifestado. Declararéme con decir que la sabiduría y poder Divino iban proporcionando a la que había de ser Madre del Verbo, para que, en cuanto era posible, llegase a tener una pura criatura la similitud y proporción conveniente con las Divinas Personas. Y quien mejor entendiere la distancia de estos dos extremos, Dios infinito y criatura humana limitada, podrá alcanzar más de los medios necesarios para juntarlos y proporcionarlos.

29. Iba copiando la divina Señora de los originales de la divinidad nuevos retratos de sus atributos infinitos y virtudes; iba subiendo de punto su hermosura con los retoques, baños y lumines que la daba el pincel de la infinita sabiduría. Y este día tercero se le manifestaron las obras de la creación en el tercero del mundo, como entonces sucedieron (Gén., 1, 9-13). Conoció cuándo y

cómo las aguas, que estaban debajo los cielos, se juntaron al Divino imperio en un lugar, despejando la árida, a la que el Señor llamó tierra, y a las congregaciones de las aguas llamó mares. Conoció cómo la tierra germinó la yerba fresca que tuviese su semilla y todo género de plantas y árboles fructíferos también con sus semillas, cada uno en su propia especie. Conoció y penetró la grandeza del mar, su profundidad y divisiones, la correspondencia de los ríos y fuentes que de él se originan y a él corren, las especies de plantas y yerbas, flores, árboles, raíces, frutos y semillas, y que todas y cada una sirven para algún efecto en servicio del hombre. Todo esto lo entendió y penetró nuestra Reina, más clara, distinta y latamente que el mismo Adán y Salomón; y todos los médicos del mundo en esta comparación fueron ignorantes, después de largos estudios y experiencias. María Santísima lo deprendió todo de improviso, como dice la Sabiduría (Sab., 7, 21), y como lo deprendió sin ficción, lo comunicó también sin envidia (Ib. 13); y cuanto dijo allí Salomón se verificó en ella con eminencia incomparable.

30. En algunas ocasiones usó nuestra Reina de esta ciencia para ejercitar la caridad con los pobres y necesitados, como se dirá en lo restante de esta Historia (Cf. infra n. 668, 867, 868, 1048; p. III n. 159, 423); pero tenía en su libertad, y le era tan fácil usar de ella como lo es para un músico tocar un instrumento de su arte en que es muy sabio; y lo mismo fuera de todas las demás ciencias, si quisiera o fuera necesario su ejercicio para servicio del Altísimo, que de todas pudiera usar como maestra en quien estaban recopiladas mejor que en ninguno de los mortales que ha tenido algún especial arte o ciencia. Tenía también superioridad sobre las virtudes, calidades y operaciones de las piedras, yerbas y plantas; y lo que prometió Cristo nuestro Señor a sus apóstoles y primeros fieles, que no les dañarían los

venenos aunque los bebiesen (Mc., 16, 18), este privilegio tenía la Reina con imperio, para que ni el veneno ni otra cosa alguna la pudiese dañar ni ofender sin su voluntad.

31. Estos privilegios y favores tuvo siempre ocultos la prudentísima Princesa y Señora y no usaba de ellos para sí misma, como queda dicho, por no negarse al padecer que su Hijo Santísimo escogió; y antes de concebirle y ser madre, era gobernada en esto por la Divina luz y noticia que tenía de la pasibilidad que el Verbo Humanado había de recibir. Y después que siendo Madre suya vio y experimentó esta verdad en su mismo Hijo y Señor, dio más licencia o, por decir mejor, mandaba a las criaturas que la afligiesen con sus fuerzas y operaciones, como lo hacían con su mismo Criador. Y porque no siempre quería el Altísimo que su Esposa única y electa fuese molestada de las criaturas, muchas veces las detenía o impedía para que sin estas pasiones tuviese algunos tiempos en que la divina Princesa gozase de las delicias del sumo Rey.

32. Otro singular privilegio en favor de los mortales recibió María Santísima en la visión de la Divinidad que tuvo el tercero día; porque en ella le manifestó Dios por especial modo la inclinación del amor Divino al remedio de los nombres y a levantarlos de todas sus miserias. Y en el conocimiento de esa infinita misericordia y lo que con ella benignamente había de obrar, le dio el Altísimo a María Purísima cierto género de participación más alta de sus mismos atributos, para que después, como Madre y abogada de los pecadores, intercediese por ellos. Esta influencia en que participó María Santísima el amor de Dios a los hombres y su inclinación a remediarlos fue tan divina y poderosa, que si de allí adelante no la hubiera asistido la virtud del Señor para corroborarla no pudiera sufrir el impetuoso afecto de remediar y salvar a todos los pecadores. Con este amor y caridad, si necesario

fuera o conveniente, se entregara infinitas veces a las llamas, al cuchillo, a los exquisitos tormentos y a la muerte, y todos los martirios, angustias, tribulaciones, dolores, enfermedades las padeciera y no las rehusara, antes le fueran grande gozo por la salud de los mortales. Y cuanto han padecido todos, desde el principio del mundo hasta ahora y padecerán hasta el fin, todo fuera poco para el amor de esta misericordiosísima Madre. Vean, pues, los mortales y pecadores lo que deben a María Santísima.

33. De este día podemos decir que la divina Señora quedó hecha Madre de piedad y de misericordia, y de misericordia grande, por dos razones: la una, porque desde entonces con especial afecto y deseo quiso comunicar sin envidia los tesoros de la gracia que había conocido y recibido; y así le resultó de este beneficio tan admirable dulzura y benigno corazón, que le quisiera dar a todos y depositarlos en él para que fueran partícipes del amor divino que allí ardía. La segunda razón es, porque este amor a la salud humana que concibió María Purísima fue una de las mayores disposiciones que la proporcionaron para concebir al Verbo Eterno en sus virginales entrañas. Y era muy conveniente que toda fuese misericordia, benignidad, piedad y clemencia la que sola había de engendrar y parir al Verbo Humanado, que por su misericordia, clemencia y amor quiso humillarse hasta nuestra naturaleza y nacer de ella pasible por los hombres. El parto dicen que sigue al vientre, porque lleva sus condiciones, como el agua de los minerales por donde corre; y aunque este parto salió con ventajas de Divinidad, pero también llevó las condiciones de la Madre en el grado posible, y no fuera proporcionada para concurrir con el Espíritu Santo a esta concepción, en la que sólo faltó varón, si no tuviera correspondencia con el Hijo en las calidades de la humanidad.

34. Salió de esta visión María Santísima, y todo lo restante del día lo ocupó en las oraciones y peticiones que el Señor la ordenaba, creciendo su fervor y quedando más herido el corazón de su Esposo; de suerte que —a nuestro entender— ya se le tardaba el día y la hora de verse en los brazos y a los pechos de su querida.

Doctrina que me dio la Reina Santísima.

35. Hija mía carísima, grandes fueron los favores que hizo conmigo el brazo del Altísimo en las visiones de su Divinidad que me comunicó estos días antes de concebirle en mis entrañas. Y aunque no se me manifestaba inmediata y claramente sin velo, pero fue por modo altísimo y con efectos reservados a su sabiduría. Y cuando, renovando el conocimiento con las especies que me habían quedado de lo que había visto, me levantaba en espíritu y conocía quién era Dios para los hombres y quiénes ellos para Su Majestad, aquí se inflamaba mi corazón en amor y se dividía de dolor, porque conocía juntamente el peso del amor inmenso con los mortales y el ingratisimo olvido de tan incomprendible bondad. En esta consideración muriera muchas veces, si no me confortara y conservara el mismo Dios. Y este sacrificio de su sierva fue gratisimo a Su Majestad y le aceptó con más complacencia que todos los holocaustos de la antigua ley, porque miró a mi humildad y se agradó mucho de ella. Y cuando en estos actos me ejercitaba, me hacía grandes misericordias para mí y para mi pueblo.

36. Estos sacramentos, carísima, te manifiesto para que te levantes a imitarme, según tus flacas fuerzas, ayudadas con la gracia, alcanzaren, mirando como a dechado y ejemplar las obras que has conocido. Pondera mucho y pesa repetidas veces con la luz y la razón cuánto deben corresponder los mortales a tan inmensa piedad y

aquella inclinación que tiene Dios a socorrerles. Y a esta verdad has de contraponer el pesado y duro corazón de los mismos hijos de Adán. Y quiero que tu corazón se resuelva y convierta en afectos de agradecimiento al Señor y en compasión de esta desdicha de los hombres. Y te aseguro, hija mía, que el día de la residencia general, la mayor indignación del justo juez ha de ser por haber olvidado los hombres ingratisimos esta verdad, y ella será tan poderosa, que los argüirá aquel día con tal confusión suya, que por ella se arrojaran en el abismo de las penas cuando no hubiera ministros de justicia Divina que lo ejecutaran.

37. Para que te desvíes de tan fea culpa, y prevengas aquel horrendo castigo, renueva en la memoria los beneficios que has recibido de aquel amor y clemencia infinita, y advierte que se ha señalado contigo entre, muchas generaciones. Y no entiendas que tantos favores y singulares dones fían sido para ti sola, sino también para tus hermanos, pues a todos se extiende la Divina misericordia. Y por esto el retorno que debes al Señor ha de ser por ti primero, y después por ellos. Y porque tú eres pobre, presenta la vida y méritos de mi Hijo santísimo, y con ellos juntamente todo lo que yo padecí con la fuerza del amor, para ser agradecida a Dios y asimismo por alguna recompensa de la ingratitud de los mortales; y en todo esto te ejercitarás muchas veces, acordándote de lo que yo sentía en los mismos actos y ejercicios.

CAPITULO 4

Continúa el Altísimo los beneficios de María Santísima en el día cuarto.

38. Continuábanse los favores del Altísimo en nuestra Reina y Señora con los eminentes sacramentos

con que el brazo poderoso la iba disponiendo para la vecina dignidad de Madre suya. Llegó el cuarto día de esta preparación y, en correspondencia de los precedentes, fue a la misma hora elevada a la visión de la Divinidad en la forma dicha abstractiva, pero con nuevos efectos y más altas iluminaciones de aquel purísimo espíritu. En el poder Divino y su sabiduría no hay límite ni término; solamente se le pone nuestra voluntad con sus obras o con la corta capacidad que tiene como criatura finita. En María Santísima no halló el poder Divino impedimento por parte de las obras, antes fueron todas con plenitud de santidad y agrado del Señor, obligándole y —como él mismo dice (Cant., 4, 9)— hiriendo su corazón de amor. Sólo por ser María pura criatura pudo hallar el brazo del Señor alguna tasa, pero dentro de la esfera de pura criatura obró en ella sin tasa ni limitación y sin medida, comunicándole las aguas de la sabiduría, para que las bebiese purísimas y cristalinas en la fuente de la Divinidad.

39. Manifestósele el Altísimo en esta visión con especialísima luz y declaróle la nueva ley de gracia que el Salvador del mundo había de fundar, con los sacramentos que contiene y el fin para que los establecería y dejaría en la nueva Iglesia Evangélica y los auxilios, dones y favores que prevenía para los hombres, con deseo de que todos fuesen salvos y se lograra en ellos el fruto de la Redención. Y fue tanta la sabiduría que en estas visiones aprendió María Santísima, enseñada por el sumo Maestro, enmendador de los sabios (Sab., 7, 15), que, si por imposible algún hombre o ángel lo pudiera escribir, de sola la ciencia de esta Señora se formarían más libros que cuantos se han escrito en el mundo de todas las artes y ciencias y facultades inventadas. Y no es maravilla, siendo la mayor de todas en pura criatura; porque en el corazón y mente de nuestra Princesa se derramó y explayó el océano de la

Divinidad que los pecados y poca disposición de las criaturas tenían embarazado y represado en sí mismo. Sólo se le ocultaba siempre, hasta su tiempo, que ella era la escogida para Madre del Unigénito del Padre.

40. Entre la dulzura de esta ciencia Divina tuvo este día nuestra Reina un amoroso pero íntimo dolor que la misma ciencia le renovó. Conoció por parte del Altísimo los indecibles tesoros de gracias y beneficios que prevenía para los mortales y aquel peso de la Divinidad tan inclinado a que todos le gozasen eternamente, y junto con esto conoció y advirtió el mal estado del mundo y cuán ciegamente se impedían los mortales y privaban de la participación de la misma Divinidad. De aquí le resultó un nuevo género de martirio con la fuerza que se dolía de la perdición humana, y el deseo de reparar tan lamentable ruina. Sobre esto hizo altísimas oraciones, peticiones, ofrecimientos, sacrificios, humillaciones y heroicos actos de amor de Dios y de los hombres, para que ninguno, si fuera posible, se perdiese de allí adelante y todos conociesen a su Criador y Reparador y le confesasen, adorasen y amasen. Todo esto le pasaba en la misma visión de la Divinidad; y porque estas peticiones fueron al modo de otras dichas, no me alargo en referirlas.

41. Luego le manifestó el Señor en la misma ocasión las obras de la creación del cuarto día (Gén., 1, 14-19), y conoció la divina princesa María cuándo y cómo fueron formados en el firmamento los luminares del cielo para dividir el día de la noche y para que señalasen los tiempos, los días y los años; y para este fin tuvo ser el mayor luminar del cielo, que es el sol, como presidente y señor del día, y junto con él fue formada la luna, que es el menor luminar y alumbra en las tinieblas de la noche; cómo fueron formadas las estrellas en el octavo cielo, para que con su brillante luz alegrasen la noche y en ella

y en el día presidieran con sus varias influencias. Conoció la materia de estos orbes luminosos, su forma, sus calidades, su grandeza, sus varios movimientos, con la uniforme desigualdad de los planetas. Conoció el número de las estrellas y todos los influjos que le comunican a la tierra, a sus vivientes y no vivientes, los efectos que en ellos causan, cómo los alteran y mueven.

42. Y no es esto contra lo que dijo el profeta, salmo 146 (Sal., 146, 4), que conoce Dios el número de las estrellas y las llama por sus nombres; porque no niega el Santo Rey David que puede conceder Su Majestad con su poder infinito a la criatura por gracia lo que tiene Su Alteza por naturaleza. Y claro está que, siendo posible comunicar esta ciencia y redundando en mayor excelencia de María Señora nuestra, no le había de negar este beneficio, pues le concedió otros mayores, y la hizo Reina y Señora de las estrellas como de las demás criaturas. Y venía a ser este beneficio como consiguiente al dominio y señorío que la dio sobre las virtudes, influjos y operaciones de todos los orbes celestiales, mandando a todos ellos la obedeciesen como a su Reina y Señora,

43. De este como precepto que puso el Señor a las criaturas celestes y el dominio que dio a María Santísima sobre ellas, quedó Su Alteza con tanta potestad, que si mandara a las estrellas dejar su asiento en el cielo la obedecieran al punto y fueran a donde esta Señora les ordenara. Lo mismo hicieran el sol y los planetas, y todos detuvieran su curso y movimiento, suspendieran sus influjos y dejaran de obrar al imperio de María. Ya dije arriba (Cf. supra n. 21) que alguna vez usaba Su Alteza de este imperio; porque —como adelante veremos (Cf. infra p. II n. 633, 706)— le sucedió algunas en Egipto, donde los calores son muy destemplados, mandar al sol que no diese su ardor tan vehemente, ni molestase ni fatigase con sus rayos al niño Dios y Señor suyo, y le

obedecía el sol en esto, afligiendo y molestándola a ella, porque así lo quería, y respetando al Sol de Justicia que tenía en sus brazos. Lo mismo sucedía con otros planetas, y detenía alguna vez al sol, como hablaré en su lugar.

44. Otros muchos sacramentos ocultos manifestó el Altísimo a nuestra gran Reina en esta visión, y cuanto he dicho y diré de todos me deja el corazón como violento, porque puedo decir poco de lo que entiendo, y conozco entiendo mucho menos de lo que sucedió a la divina Señora; y muchos de sus misterios están reservados para manifestarlos su Hijo Santísimo el día del juicio universal, porque ahora no somos capaces de todos. Salió María Santísima de esta visión más inflamada y transformada en aquel objeto infinito y en sus atributos y perfecciones que había conocido, y con el progreso de los favores Divinos los hacía ella en las virtudes y multiplicaba los ruegos, las ansias, fervores y los méritos con que aceleraba la Encarnación del Verbo Divino y nuestra salud.

Doctrina que me dio la divina Reina.

45. Carísima hija mía, quiero que hagas mucha ponderación y aprecio de lo que has entendido que yo hice y padecí cuando el Altísimo me dio conocimiento tan alto de su bondad, inclinada con infinito peso a enriquecer a los mortales, y la mala correspondencia y tenebrosa ingratitud de parte de ellos. Cuando de aquella liberalísima dignación descendí a conocer y penetrar la estulta dureza de los pecadores, era traspasado mi corazón con una flecha de mortal amargura que me duró toda la vida. Y te quiero manifestar otro misterio: que muchas veces el Altísimo, para sanar la contrición y quebranto de mi corazón en este dolor, solía responderme y me decía: Recibe tú, Esposa mía, lo que el mundo ignorante y ciego desprecia

como indigno de recibirlo y conocerlo.—Y en esta respuesta y promesa soltaba el Altísimo el corriente de sus tesoros, que letificaban mi alma más que la capacidad humana puede alcanzar ni toda lengua explicar.

46. Quiero, pues, ahora que tú, amiga mía, seas mi compañera en este dolor, tan poco advertido de los vivientes, que yo padecí por ellos. Y para que me imites en él y en los efectos que te causará tan justa pena, debes negarte y olvidarte de ti misma en todo y coronar tu corazón de espinas y dolores contra lo que hacen los mortales. Lloro tú lo que ellos se ríen y deleitan (Sab., 2, 6-9) en su eterna damnación, que éste es el oficio más legítimo de las que son con verdad esposas de mi Hijo Santísimo, y sólo se les permite que se deleiten en las lágrimas que derraman por sus pecados y por los del mundo ignorante. Prepara tu corazón con esta disposición para que te haga el Señor participante de sus tesoros, y esto no tanto porque tú quedes rica, cuanto porque Su Majestad cumpla su liberal amor de comunicártelos y justificar las almas. Imítame en todo lo que yo te enseño, pues conoces ser ésta mi voluntad para contigo.

CAPITULO 5

Manifiesta el Altísimo a María Santísima nuevos misterios y sacramentos con las obras del quinto día de la creación, y pide Su Alteza de nuevo la Encarnación del Verbo.

47. Llegó el quinto día de la novena que la Beatísima Trinidad celebraba en el templo de María Santísima, para tomar en ella el Verbo Eterno nuestra forma de hombre, y, corriendo más el velo de los ocultos secretos de la infinita sabiduría, este día le descubrió otros de

nuevo, elevándola a la visión abstractiva de la Divinidad, como en los días antecedentes que queda declarado; pero siempre las disposiciones e iluminaciones se renovaban con mayores rayos de luz y de carismas que de los tesoros de la infinidad se derivaban en su alma santísima y en sus potencias, con que la divina Señora se iba allegando y asimilando más al ser de Dios y transformándose más y más en él, para llegar a ser digna Madre del mismo Dios.

48. En esta visión habló el Altísimo a la divina Reina para manifestarla otros secretos, y mostrándosele con increíble caricia la dijo: Esposa mía y paloma mía, en lo escondido de mi pecho has conocido la inmensa liberalidad a que me inclina el amor que tengo al linaje humano y los tesoros ocultos que tengo prevenidos para su felicidad; y puede tanto este amor conmigo, que quiero darles a mi Unigénito para su enseñanza y remedio. También has conocido algo de su mala correspondencia y torpísima ingratitud y el desprecio que hacen los hombres de mi clemencia y amor. Pero aunque te he manifestado parte de su malicia, quiero, amiga mía, que de nuevo conozcas en mi ser el pequeño número de los que me han de conocer y amar como escogidos y cuán dilatado y grande es el de los ingratos y réprobos. Estos pecados sin número y las abominaciones de tantos hombres inmundos y tenebrosos, que con mi ciencia infinita tengo previstos, detienen mi liberal misericordia y han echado candados fuertes por donde han de salir los tesoros de mi Divinidad y hacen indigno al mundo para recibirlos.

49. Conoció la princesa María en estas palabras del Altísimo grandes sacramentos del número de los predestinados y de los réprobos y también la resistencia y óbice que causaban todos los pecados de los hombres juntos en la mente Divina para que viniese al mundo el

Verbo Eterno Humanado; y admirada la prudentísima Señora con la vista de la infinita bondad y equidad del Criador y de la inmensa iniquidad y malicia de los hombres, inflamada toda en la llama del Divino amor, habló a Su Majestad y le dijo:

50. Señor mío y Dios infinito, de sabiduría y santidad incomprendible, ¿qué misterio es éste, bien mío, que me habéis manifestado? No tienen medida ni término las maldades de los hombres, pues sola vuestra sabiduría las comprende, pero todas ellas, y otras muchas y mayores, ¿pueden por ventura extinguir Vuestra bondad y amor o competir con él? No, Señor y Dueño mío, no ha de ser así; la malicia de los mortales no ha de detener vuestra misericordia. Yo soy la más inútil de todo el linaje humano, pero de su parte os pongo la demanda de vuestra fidelidad. Verdad infalible es que faltará el cielo y la tierra primero que la verdad de vuestras palabras (Mt., 24, 35); y también es verdad que la tenéis dada al mundo muchas veces por boca de vuestros profetas santos y por la vuestra a ellos mismos que les daréis su redentor y vuestra salud. Pues ¿cómo, Dios mío, se dejarán de cumplir esas promesas acreditadas con vuestra infinita sabiduría para no ser engañado y con vuestra bondad para no engañar al hombre? Para hacerles esta promesa y ofrecerles su eterna felicidad en vuestro Verbo Humanado, de parte de los mortales no hubo merecimientos, ni os pudo obligar alguna criatura; y si este bien se pudiera merecer, no quedara tan engrandecida Vuestra infinita y liberal clemencia; de solo Vos mismo Os disteis por obligado, que para hacerse Dios hombre sólo en Dios puede haber razón que le obligue; en solo Vos está la razón y motivo de habernos criado, y de habernos de reparar después de caídos. No busquéis, Dios mío y Rey Altísimo, para la Encarnación más méritos ni más razón que Vuestra misericordia y la exaltación de Vuestra gloria.

51. Verdad es, Esposa mía —respondió el Altísimo— que por mi bondad inmensa me obligué a prometer a los hombres me vestiría de su naturaleza y habitaría con ellos, y que nadie pudo merecer conmigo esta promesa; pero desmerece la ejecución el ingratisimo proceder de los mortales, tan odioso en mi equidad y presencia, pues cuando yo sólo pretendo el interés de su felicidad eterna en retorno de mi amor, conozco y hallo su dureza y que con ella han de malograr y despreciar los tesoros de mi gracia y gloria, y su correspondencia ha de ser dando espinas en lugar de fruto, grandes ofensas por los beneficios y torpe ingratitud por mis largas y liberales misericordias, y el fin de todos estos males será para ellos la privación de mi vista en tormentos eternos. Atiende, amiga mía, a estas verdades escritas en el secreto de mi sabiduría y pondera estos grandes sacramentos; que para ti patente está mi corazón, donde conoces la razón de mi justicia.

52. No es posible manifestar los ocultos misterios que conoció María Santísima en el Señor, porque vio en él todas las criaturas presentes, pasadas y futuras, con el orden que habían de tener todas las almas, las obras buenas y malas que habían de hacer, el fin que todas habían de tener; y si no fuera confortada con la virtud Divina, no pudiera conservar la vida entre los efectos y afectos que causaban en ella esta ciencia y vista de tan recónditos sacramentos y misterios. Pero como en estos nuevos milagros y beneficios disponía Su Majestad tan altos fines, no era escaso sino liberalísimo con su amada y escogida para Madre suya. Y como esta ciencia la dependía nuestra Reina a los pechos del mismo Dios, con ella se derivaba el fuego de la misma caridad eterna, que la enardecía en amor del mismo Dios y de los prójimos; y continuando sus peticiones, dijo:

53. Señor y Dios eterno, invisible e inmortal, confieso Vuestra justicia, engrandezco Vuestras obras, adoro Vuestro ser infinito, y reverencio Vuestros juicios. Mi corazón se resuelve todo en afectos amorosos, conociendo Vuestra bondad sin límite para los hombres y su pesada ingratitud y grosería para vos. Para todos queréis, Dios mío, la vida eterna, pero serán pocos los que agradezcan este inestimable beneficio y muchos los que le perderán por su malicia. Si por esta parte, bien mío, os desobligáis, perdidos somos los mortales, pero si con vuestra ciencia Divina tenéis previstas las culpas y malicia de los hombres que tanto os desobligan, con la misma ciencia estáis mirando a vuestro Unigénito Humanado y sus obras de infinito valor y aprecio en vuestra aceptación, y éstas sobreabundan a los pecados y sin comparación los exceden. De este hombre y Dios se debe obligar Vuestra equidad y por él mismo dárnosle luego a él mismo; y para pedirle otra vez en nombre del linaje humano, yo me visto del mismo espíritu del Verbo hecho hombre en vuestra mente y pido su ejecución y la vida eterna por su mano para todos los mortales.

54. Representésele al Eterno Padre en esta petición de María Purísima —a nuestro modo de hablar— cómo su Unigénito había de bajar al virginal vientre de esta gran Reina, y rindiéronle sus amorosos y humildes ruegos. Y aunque siempre se le mostraba indeciso, era industria de su regalado amor para oír más la voz de su querida y que sus labios dulces destilaran miel suavísima y sus emisiones fuesen del paraíso (Cant., 4, 11-13). Y para más alargar esta regalada contienda, la respondió el Señor: Esposa mía dulcísima y mi paloma electa, mucho es lo que me pides y muy poco lo que los hombres me obligan, pues ¿cómo a los indignos se ha de conceder tan raro beneficio? Déjame, amiga mía, que los trate conforme su mala correspondencia.—Respondía nuestra poderosa y piadosa Abogada: No, Dueño mío, no os dejaré con mi

porfía; si mucho es lo que pido, a vos lo pido, que sois rico en misericordias, poderoso en las obras, verdadero en las palabras. Mi padre (Santo Rey) David dijo de Vos y del Verbo eterno (Sal., 109, 4): *Juró el Señor y no le pesará de haber jurado; tú eres sacerdote según el orden de Melquisedec.* Venga, pues, este Sacerdote que juntamente ha de ser sacrificio por nuestro rescate, venga, pues no os puede pesar de la promesa, porque no prometéis con ignorancia; dulce amor mío, vestida estoy de la virtud de este Hombre-Dios, no cesará mi porfía si no me dais la bendición como a mi padre Jacob (Gén., 32, 26).

55. Fuele preguntado a nuestra Reina y Señora en esta lucha divina, como a Jacob, cuál era su nombre. Dijo: Hija soy de Adán, fabricada por Vuestras manos de la materia humilde del polvo.— Y el Altísimo la respondió: De hoy más será tu nombre la escogida para Madre del Unigénito.—Pero estas últimas palabras entendieronlas los cortesanos del Cielo, y a ella se le ocultaron hasta su tiempo, percibiendo sola la razón de escogida. Y habiendo perseverado esta contienda amorosa el tiempo que disponía la sabiduría Divina y que convenía para enardecer el fervoroso corazón de la escogida, toda la Santísima Trinidad dio su real palabra a María Purísima nuestra Reina que luego enviaría al mundo el Verbo Eterno hecho hombre. Con este *fiat*, alegre y llena de incomparable júbilo, pidió la bendición y se la dio el Altísimo. Salió esta mujer fuerte victoriosa más que Jacob de luchar con Dios, porque ella quedó rica, fuerte y llena de despojos y el herido y enflaquecido —a nuestro modo de entender— fue el mismo Dios, quedando ya rendido del amor de esta Señora para vestirse en su sagrado tálamo de la flaqueza humana de nuestra carne pasible, en que disimulase y encubriese la fortaleza de su divinidad para vencer siendo vencido y darnos la vida con su muerte. Veán y conozcan los mortales cómo María

Santísima es la causa de su salud después de su benditísimo Hijo.

56. Luego en esta misma visión se le manifestaron a nuestra gran Reina las obras del quinto día (Gén., 1, 20-23) de la creación del mundo en la misma forma que sucedieron; y conoció cómo con la fuerza de la Divina palabra fueron engendrados y producidos de las aguas de debajo del firmamento los imperfectos animales reptiles que andan sobre la tierra, volátiles que corren por el aire y los natátiles que discurren y habitan en las aguas; y de todas estas criaturas conoció el principio, materia, forma y figura en su género, todas las especies de estos animales silvestres, sus condiciones, calidades, utilidades y armonía; las aves del cielo —que así llamamos el aire— con la variedad y forma de cada especie, su adorno, sus plumas, su ligereza; los innumerables peces del mar y de los ríos, la diferencia de ballenas, su compostura, calidades, cavernas, alimento que les administra el mar, los fines para que sirven, la forma y utilidad que cada una tiene en el mundo. Y Su Majestad mandó singularmente a todo este ejército de criaturas que reconociesen y obedeciesen a María Santísima, dándola potestad para que a todas las mandase y de ellas se sirviese; como sucedió en muchas ocasiones, de que diré algunas en sus lugares (Cf. infla n. 185, 431, 636; p. III n. 372). Y con esto salió de la visión de este día, y le ocupó en los ejercicios y peticiones que la mandó el Señor.

Doctrina que me dio la divina Señora.

57. Hija mía, el más copioso conocimiento de las obras maravillosas que hizo conmigo el brazo del Altísimo, para levantarme con las visiones de la Divinidad abstractivas a la dignidad de Madre, está reservado para que los predestinados lo conozcan en la celestial

Jerusalén. Allí lo entenderán y verán en el mismo Señor con especial gozo y admiración, como la tuvieron los ángeles cuando el Altísimo se lo manifestaba, por lo que le magnificaban y alababan. Y porque en este beneficio se ha mostrado Su Majestad contigo entre todas las generaciones tan liberal y amoroso, dándote la noticia y luz que de estos sacramentos tan ocultos recibes, quiero, amiga mía, que sobre todas las criaturas te señales en alabar y engrandecer su Santo Nombre por lo que la potencia de su brazo obró conmigo.

58. Y luego debes atender con todo tu cuidado a imitarme en las obras que yo hacía con estos grandes y admirables favores. Pide y clama por la salud eterna de tus hermanos y para que el hombre de mi Hijo sea engrandecido y conocido de todo el mundo. Y para estas peticiones has de llegar con una constante determinación, fundada en fe viva y en segura confianza, sin perder de vista tu miseria, con profunda humildad y abatimiento. Con esta prevención has de pelear con el mismo amor divino por el bien de tu pueblo, advirtiéndole que sus victorias más gloriosas es dejarse vencer de los humildes que con rectitud le aman; levántate a ti sobre ti y dale gracias por tus especiales beneficios y por los del linaje humano y convertida a este divino amor merecerás recibir otros de nuevo para ti y tus hermanos; y pide al Señor su bendición siempre que te hallares en su Divina presencia.

CAPITULO 6

Manifiesta el Altísimo a María Señora nuestra otros misterios con las obras del día sexto de la creación.

59. Perseveraba el Altísimo en disponer de próximo a nuestra divina Princesa para recibir el Verbo Eterno en su virginal vientre, y ella continuaba sin intervalo sus

fervientes afectos y oraciones para que viniese al mundo; y llegando la noche del día sexto de los que voy declarando, con la misma voz y fuerza que arriba dije (Cf. supra n.6), fue llamada y llevada en espíritu y, precediendo más intensos grados de iluminaciones, se le manifestó la Divinidad con visión abstractiva con el orden que otras veces, pero siempre con efectos más divinos y conocimiento de los atributos del Altísimo más profundo. Gastaba nueve horas en esta oración y salía de ella a la hora de tercia. Y aunque cesaba entonces aquella levantada visión del ser de Dios, no por eso se despedía María Santísima de su vista y oración, antes quedaba en otra, que si respecto de la que dejaba era inferior, pero absolutamente era altísima y mayor que la suprema de todos los santos y justos. Y todos estos favores y dones eran más deificados en los días últimos y próximos a la Encarnación, sin que para esto la impidiesen las ocupaciones activas de su estado, porque allí no se querellaba Marta que María la dejaba sola en sus ministerios (Lc., 10, 40).

60. Habiendo conocido la Divinidad en aquella visión, se le manifestaron luego las obras del día sexto de la creación del mundo (Gén., 1, 24-31), como si se hallara presente. Conoció en el mismo Señor cómo a su Divina Palabra produjo la tierra el ánima viviente en su género, según lo dice (Santo Profeta y Legislador) Moisés; entendiendo por este nombre los animales terrestres que por más perfectos que los peces y aves en las operaciones y vida animal se llaman por la parte principal ánima viviente. Conoció y penetró todos estos géneros y especies de animales que fueron criados en este sexto día; y cómo se llamaban unos jumentos, por lo que sirven y ayudan a los hombres, otros bestias, como más fieros y silvestres, otros reptiles, porque se levantan de la tierra poco o nada, y de todos conoció y alcanzó las calidades, iras, fuerzas, ministerios, fines y todas sus condiciones

distinta y singularmente. Sobre todos estos animales se le dio imperio y dominio, y a ellos precepto que la obedeciesen; y pudiera sin recelo hollar y pisar sobre el áspid y basilisco, que todos se rindieran a sus plantas, y muchas veces lo hicieron a su mandato algunos animales, como sucedió en el nacimiento de su Hijo Santísimo, que el buey y la jumentilla se postraron y calentaron con su aliento al niño Dios, porque se lo mandó la divina Madre.

61. En esta plenitud de ciencia conoció y entendió nuestra divina Reina con suma perfección el oculto modo de encaminar Dios todo lo que criaba para servicio y beneficio del género humano, y en la deuda en que por este beneficio quedaba a su Hacedor. Y fue convenientísimo que María Santísima tuviese este género de sabiduría y comprensión, para que con ella diese el retorno de agradecimiento digno de tales beneficios, cuando ni los hombres ni los ángeles no lo dieron, faltando a la debida correspondencia o no llegando a todo lo que debían las criaturas. Todos estos vacíos llenó la Reina de todas ellas y satisfizo por lo que nosotros no podíamos o no quisimos. Y con la correspondencia que ella dio, dejó como satisfecha a la equidad divina, mediando entre ella y las criaturas, y por su inocencia y agradecimiento se hizo más aceptable que todas ellas, y el Altísimo se dio por más obligado de sola María Santísima que de todo el resto de las demás criaturas. Por este modo tan misterioso se iba disponiendo la venida de Dios al mundo, porque se removía el óbice con la santidad de la que había de ser su Madre.

62. Después de la creación de todas las criaturas incapaces de razón, conoció en la misma visión cómo para complemento y perfección del mundo dijo la beatísima Trinidad: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra (Gén, 1, 26)*; y cómo con la virtud de este divino decreto fue formado el primer hombre de

tierra para origen de los demás. Conoció profundamente la armonía del cuerpo humano y el alma y sus potencias, creación e infusión en el cuerpo, la unión que con él tiene para componer el todo; y en la fábrica del cuerpo humano conoció todas las partes singularmente, el número de los huesos, venas, arterias, nervios y ligación con el concurso de los cuatro humores en el temperamento conveniente, la facultad de alimentarse, alterarse, nutrirse y moverse localmente y cómo por la desigualdad o mutación de toda esta armonía se causaban las enfermedades y cómo se reparaban. Todo lo entendió y penetró sin engaño nuestra prudentísima Virgen más que todos los filósofos del mundo y más que los mismos ángeles.

63. Manifestóle asimismo el Señor el feliz estado de la justicia original en que puso a nuestros primeros padres Adán y Eva, y conoció las condiciones, hermosura y perfección de la inocencia y de la gracia, y lo poco que perseveraron en ella; entendió el modo cómo fueron tentados y vencidos con la astucia de la serpiente y los efectos que hizo el pecado, el furor y el odio de los demonios contra el linaje humano. A la vista de todos estos objetos hizo nuestra Reina grandes y heroicos actos de sumo agrado para el Altísimo: reconoció ser hija de aquellos primeros padres, descendiente de una naturaleza tan ingrata a su Criador y en este conocimiento se humilló en la divina presencia, hiriendo el corazón de Dios y obligándole a que la levantase sobre todo lo criado. Tomó por su cuenta llorar aquella primera culpa con todas las demás que de ella resultaron, como si de todas fuera ella la delincuente. Por esto se pudo ya llamar "feliz culpa" (Pregón pascual de la liturgia del Sábado Santo) a aquella que mereció ser llorada con tan preciosas lágrimas en la estimación del Señor, que comenzaron a ser fiadoras y prenda cierta de nuestra redención.

64. Rindió dignas gracias al Criador por la ostentosa obra de la creación del hombre. Consideró atentamente su desobediencia y la seducción y engaño de Eva, y en su mente propuso la perpetua obediencia que aquellos primeros padres negaron a su Dios y Señor; y fue tan acepto en sus ojos este rendimiento, que ordenó Su Majestad se cumpliese y ejecutase este día en presencia de los cortesanos del cielo la verdad figurada en la historia del rey Asuero, de quien fue reprobada la reina Vasti y privada de la dignidad real por su desobediencia, y en su lugar fue levantada por reina la humilde y graciosa Ester (Est., 2, 1ss.).

65. Correspondíanse en todo estos misterios con admirable consonancia. Porque el sumo y verdadero Rey, para ostentar la grandeza de su poder y tesoros de su divinidad, hizo el gran convite de la creación y, prevenida la mesa franca de todas las criaturas, llamó al convidado, el linaje humano, en la creación de sus primeros padres. Desobedeció Vasti, nuestra madre Eva, mal rendida al divino precepto, y con aprobación y admirable *alabanza de* los ángeles mandó el verdadero Asuero en este día que fuese levantada a la dignidad de Reina de todo lo criado la humildísima Ester, María Santísima, llena de gracia y hermosura, escogida entre todas las hijas del linaje humano para su Restauradora y Madre de su Criador.

66. Y para la plenitud de este misterio infundió el Altísimo en el corazón de nuestra Reina en esta visión nuevo aborrecimiento con el demonio, como le tuvo Ester con Aman, y así sucedió que le derribó de su privanza, digo, del imperio y mando que tenía en el mundo, y le quebrantó la cabeza de su soberbia, llevándole hasta el patíbulo de la cruz, donde él pretendió destruir y vencer al Hombre-Dios, para que allí fuese castigado y vencido;

que en todo intervino María Santísima, como diremos en su lugar (Cf. infra n. 1364). Y así como la enemiga de este gran dragón comenzó desde el cielo contra la mujer que vio en él vestida del sol, que dijimos era esta divina Señora (Cf. supra p. 1 n. 95), así también duró la contienda hasta que por ella fue privado de su tirano dominio; y como en lugar de Amán soberbio fue honrado el fidelísimo Mardoqueo, así fue puesto el castísimo y fidelísimo José que cuidaba de la salud de nuestra divina Ester y continuamente la pedía rogase por la libertad de su pueblo —que éstas eran las continuas pláticas del Santo José y de su esposa purísima— y por ella fue levantado a la grandeza de santidad que alcanzó y a tan excelente dignidad, que le dio el supremo Rey el anillo de su sello, para que con él mandase al mismo Dios humanado, que le estaba sujeto, como dice el Evangelio (Lc., 2, 51). Con esto, salió de esta visión nuestra Reina.

Doctrina que me dio la divina Señora.

67. Admirable fue, hija mía, este don de la humildad que me concedió el Altísimo en este suceso que has escrito; y pues no desecha Su Majestad a quien le llama, ni su favor se niega al que se dispone a recibirlo, quiero que tú me imites y seas mi compañera en el ejercicio de esta virtud. Yo no tenía parte en la culpa de Adán, que fui exenta de su inobediencia, mas porque tuve parte de su naturaleza, y por sola ella era hija suya, me humillé hasta aniquilarme en mi estimación. Pues con este ejemplo ¿hasta dónde se debe humillar quien tuvo parte no sólo en la primera culpa, pero después ha cometido otras sin número? Y el motivo y fin de este humilde conocimiento, no ha de ser tanto remover la pena de estas culpas, cuanto restaurar y recompensar la honra que en ellas se le quitó y negó al Criador y Señor de todos.

68. Si un hermano tuyo ofendiera gravemente a tu padre

natural, no fueras tú hija agradecida y leal de tu padre, ni hermana verdadera de tu hermano, si no te dolieras de la ofensa y lloraras como propia la ruina, porque al padre se debe toda reverencia y al hermano debes el amor como a ti misma; pues considera, carísima, y examina con la luz verdadera cuánta diferencia hay de vuestro Padre que está en los cielos al padre natural y que todos sois hijos suyos y unidos con vínculo de estrecha obligación de hermanos y siervos de un Señor verdadero; y como te humillarías y llorarías con grande confusión y vergüenza, si tus hermanos naturales cometieran alguna culpa afrentosa, así quiero que lo hagas por las que cometen los mortales contra Dios, doliéndote con vergüenza como si a ti te las atribuyeras. Esto fue lo que yo hice conociendo la inobediencia de Adán y Eva y los males que de ella se siguieron al linaje humano; y se complació el Altísimo de mi reconocimiento y caridad, porque es muy agradable a sus ojos el que llora los pecados de que se olvida quien los comete.

69. Junto con esto, estarás advertida que por grandes y levantados que sean los favores que recibes del Altísimo, no por esto te descuides del peligro, ni tampoco desprecies el acudir y descender a las obras de obligación y de caridad. Y esto no es dejar a Dios; pues la fe te enseña y la luz te gobierna para que le lleves contigo en toda ocupación y lugar y sólo te dejes a ti misma y a tu gusto por cumplir el de tu Señor y esposo. No te dejes llevar en estos afectos del peso de la inclinación, ni de la buena intención y gusto interior, que muchas veces se encubre con esta capa el mayor peligro; y en estas dudas o ignorancias siempre sirve de contraste y de maestro la obediencia santa, por la que gobernarás tus acciones seguramente sin hacer otra elección, porque están vinculadas grandes victorias y progresos de merecimientos al verdadero rendimiento y sujeción del dictamen propio al ajeno. No has de tener jamás querer o

no querer, y con eso cantarás victorias (Prov., 21, 28) y vencerás los enemigos.

CAPITULO 7

Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio para las bodas de la encarnación y adórnala para ellas.

70. Grandes son las obras del Altísimo (Sal., 110, 2), porque todas fueron y son hechas con plenitud de ciencia y de bondad, en equidad y medida (Sap., 11, 21). Ninguna es manca, inútil ni defectuosa, superflua ni vana; todas son exquisitas y magníficas, como el mismo Señor que con la medida de su voluntad quiso hacerlas y conservarlas, y las quiso como convenían, para ser en ellas conocido y magnificado. Pero todas las obras de Dios *ad extra*, fuera del misterio de la Encarnación, aunque son grandes, estupendas y admirables, y más admirables que comprensibles, no son más de una pequeña centella (Eclo., 42, 23) despedida del inmenso abismo de la divinidad. Sólo este gran sacramento de hacerse Dios hombre pasible y mortal es la obra grande de todo el poder y sabiduría infinita y la que excede sin medida a las demás obras y maravillas de su brazo poderoso; porque en este misterio, no una centella de la divinidad, pero todo aquel volcán del infinito incendio, que Dios es, bajó y se comunicó a los hombres, juntándose con indisoluble y eterna unión a nuestra terrena y humana naturaleza.

71. Si esta maravilla y sacramento del Rey se ha de medir con su misma grandeza, consiguiente era que la mujer, de cuyo vientre había de tomar forma de hombre, fuese tan perfecta y adornada de todas sus riquezas, que nada le faltase de los dones y gracias posibles y que todas fuesen tan llenas, que ninguna padeciese mengua

ni defecto alguno. Pues como esto era puesto en razón y convenía a la grandeza del Omnipotente, así lo cumplió con María Santísima, mejor que el rey Asuero con la graciosa Ester, para levantarla al trono de su grandeza. Previno el Altísimo a nuestra Reina María con tales favores, privilegios y dones nunca imaginados de las criaturas, que cuando salió a vista de los cortesanos de este gran Rey de los siglos inmortal (1 Tim., 1, 17), conocieron todos y alabaron el poder Divino y que, si eligió una mujer para Madre, pudo y supo hacerla digna para hacerse Hijo suyo.

72. Llegó el día séptimo y vecino de este misterio y, a la misma hora que en los pasados he dicho, fue llamada y elevada en espíritu la divina Señora, pero con una diferencia de los días precedentes; porque en éste fue llevada corporalmente por mano de sus santos ángeles al cielo empíreo, quedando en su lugar uno de ellos que la representase en cuerpo aparente. Puesta en aquel supremo cielo, vio la Divinidad con abstractiva visión como otros días, pero siempre con nueva y mayor luz y misterios más profundos, que aquel objeto voluntario sabe y puede ocultar y manifestar. Oyó luego una voz que salía del trono real, y decía: Esposa y paloma electa, ven, graciosa y amada nuestra, que hallaste gracia en nuestros ojos y eres escogida entre millares y de nuevo te queremos admitir por nuestra Esposa única, y para esto queremos darte el adorno y hermosura digna de nuestros deseos.

73. A esta voz y razones, la humildísima entre los humildes se abatió y aniquiló en la presencia del Altísimo, sobre todo lo que alcanza la humana capacidad, y toda rendida al beneplácito divino, con agradable encogimiento respondió: Aquí está, Señor, el polvo, aquí este vil gusanillo, aquí está la pobre esclava vuestra, para que se cumpla en ella vuestro mayor

agrado. Servios, bien mío, del instrumento humilde de vuestro querer, gobernadle con vuestra diestra.—Mandó luego el Altísimo a dos serafines, de los más allegados al trono y excelentes en dignidad, que asistiesen a aquella divina mujer, y acompañados de otros se pusieron en forma visible al pie del trono, donde estaba María Santísima más inflamada que todos ellos en el amor divino.

74. Era espectáculo de nueva admiración y júbilo para todos los espíritus angélicos ver en aquel lugar celestial, nunca hollado de otras plantas, una humilde doncella consagrada para Reina suya y más inmediata al mismo Dios entre todas las criaturas, ver en el cielo tan apreciada y valorada aquella mujer (Prov., 31,10) que ignoraba el mundo y como no conocida la despreciaba, ver a la naturaleza humana con las arras y principio de ser levantada sobre los coros celestiales y ya interpuesta en ellos. ¡Oh qué santa y dulce emulación pudiera causarles esta peregrina maravilla a los cortesanos antiguos de la superior Jerusalén! ¡Oh qué conceptos formaban en alabanza del Autor! ¡Oh qué afectos de humildad repetían, sujetando sus elevados entendimientos a la voluntad y ordenación divina! Reconocían ser justo y santo que levante a los humildes y que favorezca a la humana humildad y la adelante a la angélica.

75. Estando en esta loable admiración los moradores del cielo, la beatísima Trinidad —a nuestro bajo modo de entender y de hablar— confería entre sí misma cuán agradable era en sus ojos la princesa María, cómo había correspondido perfecta y enteramente a los beneficios y dones que se le habían fiado, cuánto con ellos había granjeado la gloria que adecuadamente daba al mismo Señor y cómo no tenía falta ni defecto, ni óbice para la dignidad de Madre del Verbo para que era destinada. Y

junto con esto, determinaron las tres divinas personas que fuese levantada esta criatura al supremo grado de gracia y amistad del mismo Dios, que ninguna otra pura criatura había tenido ni tendrá jamás, y en aquel instante la dieron a ella sola más que tenían todas juntas. Con esta determinación la Beatísima Trinidad se complació y agradó de la santidad suprema de María, como ideada y concebida en su mente Divina.

76. Y en correspondencia de esta santidad y en su ejecución, y en testimonio de la benevolencia con que el mismo Señor la comunicaba nuevas influencias de su divina naturaleza, ordenó y mandó que fuese María Santísima adornada visiblemente con una vestidura y joyas misteriosas, que señalasen los dones interiores de las gracias y privilegios que le daban como a Reina y Esposa. Y aunque este adorno y desposorio se le concedió otras veces, como queda dicho (Cf. supra p. I n. 435), cuando fue presentada al templo, pero en esta ocasión fue con circunstancias de nueva excelencia y admiración, porque servía de más próxima disposición para el milagro de la Encarnación.

77. Vistieron luego los dos Serafines por mandado del Señor a María Santísima una tunicela o vestidura larga, que como símbolo de su pureza y gracia era tan hermosa y de tan rara candidez y belleza refulgente, que sólo un rayo de luz de los que sin número despedía, si apareciera al mundo, le diera mayor claridad sólo él que todo el número de las estrellas si fueran soles; porque en su comparación toda la luz que nosotros conocemos pareciera oscuridad. Al mismo tiempo que la vestían los serafines, le dio el Altísimo profunda inteligencia de la obligación en que la dejaba aquel beneficio de corresponder a Su Majestad con la fidelidad y amor y con un alto y excelente modo de obrar, que en todo conocía, pero siempre se le ocultaba el fin que tenía el Señor de

recibir carne en su virginal vientre. Todo lo demás reconocía nuestra gran Señora, y por todo se humillaba con indecible prudencia y pedía el favor divino para corresponder a tal beneficio y favor.

78. Sobre la vestidura la pusieron los mismos serafines una cintura, símbolo del temor santo que se le infundía; era muy rica, como de piedras varias en extremo refulgentes, que la agraciaban y hermoseaban mucho. Y al mismo tiempo la fuente de la luz que tenía presente la divina Princesa la iluminó e ilustró para que conociese y entendiese altísimamente las razones por que debe ser temido Dios de toda criatura. Y con este don de temor del Señor quedó ajustadamente ceñida, como convenía a una criatura pura que tan familiarmente había de tratar y conversar con el mismo Criador, siendo verdadera Madre suya.

79. Conoció luego que la adornaban de hermosísimos y dilatados cabellos recogidos con un rico apretador, y ellos eran más brillantes que el oro subido y refulgente. Y en este adorno entendió se le concedía que todos sus pensamientos toda la vida fuesen altos y divinos, inflamados en subidísima caridad, significada por el oro. Y junto con esto se le infundieron de nuevo hábitos de sabiduría y ciencia clarísima, con que quedasen ceñidos y recogidos varia y hermosamente estos cabellos en una participación inexplicable de los atributos de ciencia y sabiduría del mismo Dios. Concedieronla también para sandalias o calzado que todos los pasos y movimientos fuesen hermosísimos (Cant., 7, 1) y encaminados siempre a los más altos y santos fines de la gloria del Altísimo. Y cogieron este calzado con especial gracia de solicitud y diligencia en el bien obrar para con Dios y con los prójimos, al modo que sucedió cuando con festinación fue a visitar a Santa Isabel y San Juan (Lc., 1, 39); con que esta hija del Príncipe (Cant., 7, 1) salió hermosísima en

sus pasos.

80. Las manos las adornaban con manillas, infundiéndola nueva magnanimidad para obras grandes, con participación del atributo de la magnificencia, y así las extendió siempre para cosas fuertes (Prov., 31, 19). En los dedos la hermosearon con anillos, para que con los nuevos dones del Espíritu Divino en las cosas menores o en materias más inferiores obrase superiormente con levantado modo, intención y circunstancias, que hiciesen todas sus obras grandiosas y admirables. Añadieron juntamente a esto un collar o banda que le pusieron lleno de inestimables y brillantes piedras preciosas y pendiente una cifra de tres más excelentes, que en las tres virtudes fe, esperanza y caridad correspondía a las tres divinas personas. Renováronle con este adorno los hábitos de estas nobilísimas virtudes para el uso que de ellas había menester en los misterios de la Encarnación y Redención.

81. En las orejas le pusieron unas arracadas de oro con gusanillos de plata (Cant., 1, 10), preparando sus oídos con este adorno para la embajada que luego había de oír del Santo Arcángel Gabriel, y se le dio especial ciencia para que la oyese con atención y respondiese con discreción, formando razones prudentísimas y agradables a la voluntad divina; y en especial para que del metal sonoro y puro de la plata de su candidez resonase en los oídos del Señor y quedasen en el pecho de la divinidad aquellas deseadas y sagradas palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38)*.

82. Sembraron luego la vestidura de unas cifras que servían como de realces o bordaduras de finísimos matices y oro, que algunas decían: *María, Madre de Dios, y otras, María, Virgen y Madre;* mas no se le manifestaron ni descifraron entonces estas cifras misteriosas a ella

sino a los ángeles santos; y los matices eran los hábitos excelentes de todas las virtudes en eminentísimo grado y los actos que a ellas correspondían sobre todo lo que han obrado todas las demás criaturas intelectuales. Y para complemento de toda esta belleza la dieron por agua de rostro muchas iluminaciones y resplandores, que se derivaron en esta divina Señora de la vecindad y participación del infinito ser y perfecciones del mismo Dios; que para recibirle real y verdaderamente en su vientre virginal, convenía haberle recibido por gracia en el sumo grado posible a pura criatura.

83. Con este adorno y hermosura quedó nuestra princesa María tan bella y agradable, que pudo el Rey supremo codiciarla (Sal., 44, 12). Y por lo que en otras partes he dicho de sus virtudes (Cf. supra p. I n. 226-235, 482-611), y será forzoso repetir en toda esta divina Historia, no me detengo más en explicar este adorno, que fue con nuevas condiciones y efectos más divinos. Y todo cabe en el poder infinito y en el inmenso campo de la perfección y santidad, donde siempre hay mucho que añadir y entender sobre lo que nosotros alcanzamos a conocer. Y llegando a este mar de María Purísima, quedamos siempre muy a las márgenes de su grandeza; y mi entendimiento de lo que ha conocido queda siempre con gran preñez de conceptos que no puede explicar.

Doctrina que me dio la Reina santísima María.

84. Hija mía, las ocultas oficinas y recámaras del Altísimo son de Rey divino y Señor omnipotente y por esto son sin medida y número las ricas joyas que en ellas tiene para componer el adorno de sus esposas y escogidas. Y como enriqueció mi alma, pudiera hacer lo mismo con otras innumerables y siempre le sobrara infinito. Y aunque a ninguna otra criatura dará tanto su liberal mano como me concedió a mí, no será porque no puede o

no quiere, sino porque ninguna se dispondrá para la gracia como yo lo hice; pero con muchas es liberalísimo el Todopoderoso y las enriquece grandemente, porque le impiden menos y se disponen más que otras.

85. Yo deseo, carísima, que no pongas impedimento al amor del Señor para ti, antes quiero te dispongas para recibir los dones y preseas con que te quiere prevenir, para que seas digna de su tálamo de esposo. Y advierte que todas las almas justas reciben este adorno de su mano, pero cada una en su grado de amistad y gracia de que se hace capaz. Y si tú desees llegar a los más levantados quilates de esta perfección y estar digna de la presencia de tu Señor y Esposo, procura crecer y ser robusta en el amor; pero éste crece, cuando crece la negación y mortificación. Todo lo terreno has de negar y olvidar y todas tus inclinaciones a ti misma y a lo visible se han de extinguir en ti, y sólo en el amor divino has de crecer y adelantarte. Lávate y purifícate en la sangre de Cristo tu reparador y aplícate este lavatorio muchas veces, repitiendo el amoroso dolor de la contrición de tus culpas. Con esto hallarás gracia en sus ojos y tu hermosura le será de codicia y tu adorno estará lleno de toda perfección y pureza.

86. Y habiendo tú sido tan favorecida y señalada del Señor en estos beneficios, razón es que sobre muchas generaciones seas agradecida y con incesante alabanza le engrandezcas por lo que contigo se ha dignado. Y si este vicio de la ingratitud es tan feo y reprehensible en las criaturas que menos deben, cuando luego como terrenas y groseras olvidan con desprecio los beneficios del Señor, mayor será la culpa de esta villanía en tus obligaciones. Y no te engañes con pretexto de humillarte, porque hay mucha diferencia entre la humildad agradecida y la ingratitud humillada con engaño; y debes advertir que muchas veces hace grandes favores el Señor a los in-

dignos, para manifestar su bondad y grandeza y para que no se alce nadie con ellos, conociendo su propia indignidad, que ha de ser de contrapeso y triaca contra el veneno de la presunción; pero siempre se compadece con esto el agradecimiento, conociendo que todo don perfecto es y viene del Padre de las lumbres (Sant., 1, 17) y nunca por sí le pudo merecer la criatura, sino que se le da por sola su bondad, con que debe quedar rendida y cautiva del agradecimiento.

CAPITULO 8

Pide nuestra gran Reina en la presencia del Señor la ejecución de la Encarnación y Redención humana y concede Su Majestad la petición.

87. Estaba la divina princesa María Santísima tan llena de gracia y hermosura y el corazón de Dios estaba tan herido (Cant., 4, 9) de sus tiernos afectos y deseos, que ya ellos le obligaban a volar del seno del eterno Padre al tálamo de su virginal vientre y a romper aquella larga remora que le detenía por más de cinco mil años para no venir al mundo. Pero como esta nueva maravilla se había de ejecutar con plenitud de sabiduría y equidad, dispúsola el Señor de tal suerte, que la misma Princesa de los cielos fuese Madre digna del Verbo humanado y juntamente medianera eficaz de su venida, mucho más que lo fue Ester del rescate de su pueblo. Ardía en el corazón de María Santísima el fuego que el mismo Dios había encendido en él, y pedía sin cesar su salud para el linaje humano, pero encogíase la humildísima Señora, sabiendo que por el pecado de Adán estaba promulgada la sentencia de muerte y privación eterna de la cara de Dios para los mortales.

88. Entre el amor y la humildad había una divina lucha en el corazón purísimo de María, y con amorosos y

humildes afectos repetía muchas veces: ¡Oh quién fuera poderosa para alcanzar el remedio de mis hermanos! ¡Oh quién sacara del seno del Padre a su Unigénito y le trasladara a nuestra mortalidad! ¡Oh quién le obligara para que a nuestra naturaleza le diera aquel ósculo de su boca (Cant., 1, 1) que le pidió la Esposa! Pero ¿cómo lo podemos solicitar los mismos hijos y descendientes del malhechor que cometió la culpa? ¿Cómo podremos traer a nosotros al mismo que nuestros padres alejaron tanto? ¡Oh amor mío, si yo os viese a los pechos de vuestra madre (Cant., 8, 1) la naturaleza! ¡Oh lumbre de la lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, si descendieseis inclinando vuestros cielos (Sal., 143, 5) y dando luz a los que viven de asiento en las tinieblas (Is., 9, 2)! ¡Si pacificaseis a vuestro Padre, y si al soberbio Amán (Est., 14, 13), nuestro enemigo el demonio, le derribase vuestro divino brazo, que es vuestro Unigénito! ¿Quién será medianera para que saque del altar celestial, como la tenaza de oro (Is., 6, 6), aquella brasa de la Divinidad, como el Serafín sacó el fuego que nos dice vuestro profeta, para purificar al mundo?

89. Esta oración repetía María Santísima en el día octavo de los que voy declarando, y a la hora de media noche, elevada y abstraída en el Señor, oyó que Su Majestad la respondía: Esposa y paloma mía, ven, escogida mía, que no se entiende contigo la común ley (Est., 15, 13); exenta eres del pecado y libre estás de sus efectos desde el instante de tu concepción; y cuando te di el ser, desvió de ti la vara de mi justicia y derribé en tu cuello la de mi gran clemencia, para que no se extendiese a ti el general edicto del pecado. Ven a mí, y no desmayes en tu humildad y conocimiento de tu naturaleza; yo levanto al humilde, y lleno de riquezas al que es pobre; de tu parte me tienes y favorable será contigo mi liberal misericordia.

90. Estas palabras oyó intelectualmente nuestra Reina, y luego conoció que por mano de sus Santos Ángeles era llevada corporalmente al cielo, como el día precedente, y que en su lugar quedaba uno de los mismos de su guarda. Subió de nuevo a la presencia del Altísimo, tan rica de tesoros de su gracia y dones, tan próspera y tan hermosa, que singularmente en esta ocasión admirados los espíritus soberanos decían unos a otros en alabanza del Altísimo: ¿Quién es ésta, que sube del desierto tan afluyente de delicias? (Cant., 8, 5) ¿Quién es ésta que estriba y hace fuerza a su amado (Ib.), para llevarle consigo a la habitación terrena? ¿Quién es la que se levanta como aurora, más hermosa que la luna, escogida como el sol (Cant., 6, 9)? ¿Cómo sube tan refulgente de la tierra llena de tinieblas? ¿Cómo es tan esforzada y valerosa en tan frágil naturaleza? ¿Cómo tan poderosa, que quiere vencer al Omnipotente? Y ¿cómo estando cerrado el cielo a los hijos de Adán, se le franquea la entrada a esta singular mujer de aquella misma descendencia?

91. Recibió el Altísimo a su electa y única esposa María Santísima en su presencia, y aunque no fue por visión intuitiva de la Divinidad sino abstrativa, pero fue con incomparables favores de iluminaciones y purificaciones que el mismo Señor la dio, cuales hasta aquel día había reservado; porque fueron tan divinas estas disposiciones que —a nuestro entender— el mismo Dios que las obraba se admiró, encareciendo la misma hechura de su brazo poderoso; y como enamorado de ella, la habló y la dijo (Cant., 6, 12): *Revertere, revertere Sunamitis, ut intueamur te*; Esposa mía, perfectísima paloma y amiga mía, agradable a mis ojos, vuélvete y conviértete a nosotros para que te veamos y nos agrademos de tu hermosura; no me pesa de haber criado al hombre, deleitóme en su formación, pues tú naciste de él; vean mis espíritus celestiales cuán dignamente he querido y

quiero elegirte por mi Esposa y Reina de todas mis criaturas; conozcan cómo me deleito con razón en tu tálamo, a donde mi Unigénito, después de la gloria de mi pecho, será más glorificado. Entiendan todos que si justamente repudié a Eva, la primera reina de la tierra, por su inobediencia, te levanto y te pongo en la suprema dignidad, mostrándome magnífico y poderoso con tu humildad purísima y desprecio.

92. Fue para los Ángeles este día de mayor júbilo y gozo accidental que otro alguno había sido desde su creación. Y cuando la Beatísima Trinidad eligió y declaró por Reina y Señora de las criaturas a su Esposa y Madre del Verbo eterno, la reconocieron y admitieron los Ángeles y todos los espíritus celestiales por Superiora y Señora y la cantaron dulces himnos de gloria y alabanza del Autor. En estos ocultos y admirables misterios estaba la divina reina María absorta en el abismo de la Divinidad y luz de sus infinitas perfecciones; y con esta admiración disponía, el Señor que no atendiese a todo lo que sucedía, y así se le ocultó siempre el sacramento de ser elegida por Madre del Unigénito hasta su tiempo. No hizo jamás el Señor tales cosas con nación alguna (Sal., 147, 20), ni con otra criatura se manifestó tan grande y poderoso, cómo este día con María Santísima.

93. Añadió más el Altísimo, y dijo la con extremada dignación: Esposa y electa mía, pues hallaste gracia en mis ojos, pídemme sin recelo lo que deseas y te aseguro como Dios fidelísimo y poderoso Rey que no desearé tus peticiones ni te negaré lo que pidieres.— Humillóse profundamente nuestra gran Princesa, y debajo de la promesa y real palabra del Señor, levantándose con segura confianza, respondió y dijo: Señor mío y Dios altísimo, si en vuestros ojos hallé gracia (Gén., 18, 3), aunque soy polvo y ceniza, hablaré en vuestra real presencia y derramaré mi corazón (Sal., 61, 9).—

Aseguróla otra vez Su Majestad y la mandó pidiese todo lo que fuese su voluntad en presencia de todos los cortesanos del cielo, aunque fuese parte de su reino (Est., 5, 3). No pido, Señor mío —respondió María Purísima— parte de vuestro reino para mí, pero pídele todo entero para todo el linaje humano, que son mis hermanos. Pido, altísimo y poderoso Rey, que por vuestra piedad inmensa nos enviéis a vuestro Unigénito y Redentor nuestro, para que satisfaciendo por todos los pecados del mundo alcance vuestro pueblo la libertad que desea, y quedando satisfecha vuestra justicia se publique la paz (Ez., 34, 25) en la tierra a los hombres y se les haga franca la entrada de los cielos que por sus culpas están cerrados. Veá ya toda carne vuestra salud (Is., 52, 10) dense la paz y la justicia aquel estrecho abrazo y el ósculo que pedía David (Sal., 84, 11), y tengamos los mortales maestro (Is., 30, 20), guía y reparador, cabeza que viva y converse con nosotros (Bar., 3, 38); llegue ya, Dios mío, el día de vuestras promesas, cúmplanse vuestras palabras y venga nuestro Mesías por tantos siglos deseado. Esta es mi ansia y a esto se alientan mis ruegos con la dignación de vuestra infinita clemencia.

94. El Altísimo Señor, que para obligarse disponía y movía las peticiones de su amada Esposa, se inclinó benigno a ellas, y la respondió con singular clemencia: **Agradables son tus ruegos a mi voluntad y aceptas son tus peticiones; hágase como tú lo pides; yo quiero, hija y esposa mía, lo que tú desees; y en fe de esta verdad, te doy mi palabra y te prometo que con gran brevedad bajará mi Unigénito a la tierra y se vestirá y unirá con la naturaleza humana, y tus deseos aceptables tendrán ejecución y cumplimiento.**

95. Con esta certificación de la divina palabra sintió nuestra gran Princesa en su interior nueva luz y

seguridad de que se llegaba ya el fin de aquella larga y prolija noche del pecado y de las antiguas leyes y se acercaba la nueva claridad de la redención humana. Y como le tocaban tan de cerca y tan de lleno los rayos del sol de justicia que se acercaba para nacer de sus entrañas, estaba como hermosísima aurora abrasada y refulgente con los arreboles —dígolo así— de la Divinidad, que la transformaba toda en ella misma, y con afectos de amor y agradecimiento del beneficio de la próxima redención daba incesantes alabanzas al Señor en su nombre y de todos los mortales. Y en esta ocupación gastó aquel día, después que por los mismos ángeles fue restituida a la tierra. Duélome siempre de mi ignorancia y cortedad en explicar estos arcanos tan levantados, y si los doctos y letrados grandes no podrán hacerlo adecuadamente, ¿cómo llegará a esto una pobre y vil mujer? Supla mi ignorancia la luz de la piedad cristiana y disculpe mi atrevimiento la obediencia.

Doctrina que me dio la Reina María Santísima.

96. Hija mía carísima, ¡y qué lejos están de la sabiduría mundana las obras admirables que conmigo hizo el poder divino en estos sacramentos de la Encarnación del Verbo Eterno en mi vientre! No los puede investigar la carne, ni la sangre, ni los mismos Ángeles y Serafines más levantados por sí a solas, ni pueden conocer misterios tan escondidos y fuera del orden de la gracia de las demás criaturas. Alaba tú, amiga mía, por ellos al Señor con incesante amor y agradecimiento, y no seas ya tarda en entender la grandeza de su divino amor y lo mucho que hace por sus amigos y carísimos, deseando levantarlos del polvo y enriquecerlos por diversos modos. Si esta verdad penetras, ella te obligará al agradecimiento y te moverá a obrar cosas grandes como fidelísima hija y esposa.

97. Y para que más te dispongas y alientes, te advierto que el Señor a sus escogidas las dice muchas veces aquellas palabra (Cant., 6, 12): *Revertere, revertere, ut intueamur te*; porque recibe tanto agrado de sus obras, que como un padre se regala con su hijo muy agraciado y hermoso que sólo tiene, mirándole muchas veces con caricia, y como un artífice con la obra perfecta de sus manos y un rey con la ciudad rica que ha ganado y un amigo con otro que mucho ama, más sin comparación que todos estos se recrea el Altísimo y se complace con aquellas almas que elige para sus delicias, y al paso que ellas se disponen y adelantan, crecen también los favores y beneplácito del mismo Señor. Si esta ciencia alcanzaran los mortales que tienen luz de fe, por solo este agrado del Altísimo debían no sólo no pecar, pero hacer grandes obras hasta morir, por servir y amar a quien tan liberal es en premiar, regalar y favorecer.

98. Cuando en este día octavo que has escrito me dijo el Señor en el cielo aquellas palabras: *Revertere, revertere*, que le mirase para que los espíritus celestiales me vieses, fue tanto el agrado que conocí recibía Su Majestad divina, que sólo él excedió a todo cuanto le han agradado y complacerán todas las almas santas en lo supremo de su santidad, y se complació en mí su dignación más que en todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, y todo el resto de los santos. Y de este agrado y aceptación del Altísimo redundaron en mi espíritu tantas influencias de gracias y participación de la divinidad, que ni lo puedes conocer ni explicar perfectamente estando en carne mortal. Pero te declaro este secreto misterioso, para que alabes a su autor y trabajos disponiéndote para que, en mi lugar y nombre, mientras te durare el destierro de la patria, extiendas y dilates tu brazo a cosas fuertes (Prov., 31 19) y des al Señor el beneplácito que de ti desea, procurándole siempre con granjear sus beneficios y solicitarlos para ti

y tus prójimos con perfecta caridad.

CAPITULO 9

Renueva el Altísimo los favores y beneficios en María Santísima y dale de nuevo la posesión de Reina de todo lo criado por última disposición para la Encarnación.

99. El último y noveno día de los que más de cerca preparaba el Altísimo su tabernáculo para santificarle (Sal., 45, 5) con su venida, determinó renovar sus maravillas y multiplicar las señales, recopilando los favores y beneficios que hasta aquel día había comunicado a la princesa María. Pero de tal manera obraba en ella el Altísimo, que, cuando sacaba de sus tesoros infinitos cosas antiguas, siempre añadía muchas nuevas (Mt., 13, 52); y todos estos grados y maravillas caben entre humillarse Dios a ser hombre y levantar una mujer a ser su Madre. Para descender Dios al otro extremo de ser hombre, ni se pudo en sí mudar, ni lo había menester, porque quedándose inmutable en sí mismo, pudo unir a su persona nuestra naturaleza, mas para llegar una mujer de cuerpo terreno a dar su misma sustancia con quien se uniese Dios y fuese hombre, parecía necesario pasar un infinito espacio y venir a ponerse tan distante de las otras criaturas, cuanto llegaba a avecindar con el mismo Dios.

100. Llegó, pues, el día en que María Santísima había de quedar en esta última disposición tan próxima a Dios como ser Madre suya; y aquella noche, a la misma hora del mayor silencio, fue llamada por el mismo Señor, como en las precedentes se dijo. Respondió la humilde y prudente Reina: Aparejado está mi corazón (Sal., 107, 2), Señor y Rey altísimo, para que en mí se haga vuestro Divino beneplácito.—Luego fue llevada en cuerpo y alma, como los días antecedentes, por mano de sus Ángeles al

Cielo empíreo y puesta en presencia del trono real del Altísimo, y Su Majestad poderosa la levantó y colocó a su lado, señalándole el asiento y lugar que para siempre había de tener en su presencia, y fue el más alto y más inmediato al mismo Dios, fuera del que se reservaba para la humanidad del Verbo; porque excedía sin comparación al de todos los demás bienaventurados y a todos juntos.

101. De aquel lugar vio luego la divinidad con abstractiva visión, como las otras veces antecedentes, y, ocultándole la dignidad de Madre de Dios, le manifestó Su Majestad tan altos y nuevos sacramentos que por su profundidad y por mi ignorancia no puedo declararlos. Vio de nuevo la Divinidad, todas las cosas criadas y muchas posibles y futuras; y las corpóreas se le manifestaron, dándoselas Dios a conocer en sí mismas por especies corpóreas y sensibles, como si las tuviera todas presentes a los sentidos exteriores, y como si en la esfera de la potencia visiva las percibiera con los ojos corporales. Conoció junta toda la fábrica del universo, que antes había conocido por sus partes, y las criaturas que en él se contienen, con distinción y como si las tuviera presentes en un lienzo. Vio toda su armonía, orden, conexión y dependencia que tienen entre sí, y todas de la voluntad Divina que las cría, gobierna y conserva a cada una en su lugar y en su ser. Vio de nuevo todos los cielos y estrellas, elementos y sus moradores, el purgatorio, limbo, infierno, con todos cuantos vivían en aquellas cavernas. Y como el puesto donde estaba la Reina de las criaturas era eminente a todas y sólo a Dios era inferior, así lo fue también la ciencia que la dieron, porque sola era inferior del mismo Señor y superior a todo lo criado.

102. Estando la divina Señora absorta en la admiración de lo que el Altísimo le manifestaba y dándole por todo

el retorno de alabanza y gloria que se debía a tal Señor, la habló Su Majestad, y la dijo: Electa mía y paloma mía, todas las criaturas visibles que conoces, las he criado y las conservo con mi providencia en tanta variedad y hermosura sólo por el amor que tengo a los hombres. Y de todas las almas que hasta ahora he criado, y las que hasta el fin he determinado criar, se ha de elegir y entresacar una congregación de fieles, que sean segregados y lavados en la sangre del Cordero que quitará los pecados del mundo (Ap., 7, 14). Estos serán el fruto especial de la Redención que ha de obrar y gozarán de sus efectos por medio de la nueva ley de gracia y sacramentos que en ella les dará su Reparador; y después llegarán, los que perseveraren, a la participación de mi eterna gloria y amistad. Por estos escogidos en primer intento he criado tantas y maravillosas obras, y si todos me quisieran servir, adorar y conocer mi santo nombre, cuanto es de mi parte, para todos y para cada uno singularmente criara tantos tesoros y los ordenara a la posesión de cada uno.

103. Y cuando hubiera criado sola una de las criaturas que son capaces de mi gracia y de mi gloria, a sola ella la hiciera dueña y señora de todo lo criado, pues todo es menos que hacerla participante de mi amistad y felicidad eterna. Tú, Esposa mía, eres mi escogida y hallaste gracia en mi corazón, y así te hago señora de todos estos bienes y te doy la posesión y dominio de todos ellos, para que, si fueres esposa fiel, como te quiero, los distribuyas y dispenses a quien por tu mano o intercesión me los pidiere; que para esto los deposito en las tuyas.—Púsole la Santísima Trinidad a María nuestra princesa una corona en la cabeza, consagrándola por suprema Reina de todo lo criado, y estaba sembrada y esmaltada con unas cifras que decían: *Madre de Dios*; pero sin entenderlas ella por entonces, porque solos las conocían los divinos espíritus, admirados de la magnificencia del

Señor con esta doncella dichosísima y bendita entre las mujeres, a quien ellos reverenciaron y veneraron por su Reina legítima y Señora suya y de todo lo criado.

104. Todos estos portentos obraba la diestra del Altísimo con muy conveniente orden de su infinita sabiduría; porque antes de bajar a tomar carne humana en el virginal vientre de esta Señora, convenía que todos los cortesanos de este gran Rey reconociesen a su Madre por Reina y Señora y por esto la diesen debida reverencia. Y era justo y conteniente al buen orden que primero la hiciera Dios Reina y después Madre del Príncipe de las eternidades, pues quien había de parir al Príncipe de necesidad había de ser Reina y reconocida por sus vasallos; pues en que la conociesen los ángeles no había inconveniente ni necesidad de ocultársela, antes era como deuda del Altísimo a la majestad de su divinidad, que su tabernáculo escogido para morada suya fuese prevenido y calificado con todas excelencias de dignidad y perfección, alteza y magnificencia que se le pudiesen comunicar, sin que se le negase alguna; y así la recibieron y reconocieron los Santos Ángeles, dándole honor de Reina y Señora.

105. Para poner la última mano en esta prodigiosa obra de María Santísima, extendió el Señor su brazo poderoso y por sí mismo renovó el espíritu y potencias de esta gran Señora, dándole nuevas iluminaciones, hábitos y cualidades, cuya grandeza y condiciones no caben en términos terrenos. Era éste el último retoque y pincel de esta imagen viva del mismo Dios, para formar en ella y de ella misma la forma que había de vestirse el Verbo eterno, que por esencia era imagen del Padre eterno (2 Cor., 4, 4) y figura de su sustancia (He., 1, 3). Pero quedó todo este templo de María Santísima mejor que el de Salomón, vestido dentro y fuera del oro purísimo (3 Re., 6, 30) de la Divinidad, sin que por alguna parte se pudiese

descubrir en ella algún átomo de terrena hija de Adán. Toda quedó deificada con divisas de Divinidad, porque habiendo de salir el Verbo Divino del seno del eterno Padre para bajar al de María, la preparó de suerte que hallase en ella la similitud posible entre madre y padre.

106. No me quedan nuevas razones para decir como quisiera los efectos que todos estos favores hicieron en el corazón de nuestra gran Reina y Señora. No llega el juicio humano a concebirlas, ¿cómo llegarán las palabras a explicarlas? Pero lo que mayor admiración me hace de la luz que se me ha dado en estos tan altos misterios es la humildad de esta divina mujer y la porfía entre ella y el poder Divino. ¡Raro prodigio y milagro de humildad es ver a esta doncella, María Santísima, levantada a la suprema dignidad y santidad después de Dios y que entonces se humille y aniquile a lo más ínfimo de todas las criaturas, y que a fuerza de esta humildad no entrase en el pensamiento de esta Señora que pudiese ser madre del Mesías! Y no sólo esto, pero ni imaginó de sí cosa grande, ni admirable sobre sí (Sal., 130, 1). No se levantaron sus ojos ni corazón, antes bien cuanto la ensalzaban más las obras del brazo del Señor, tanto sentía humildemente de sí misma. Justo fue, por cierto, que atendiese a su humildad el todopoderoso Dios y que por ella la llamen todas las generaciones dichosa y bienaventurada (Lc., 1, 48).

Doctrina que me dio la Reina y Señora del Cielo.

107. Hija mía, no es digna esposa del Altísimo la que tiene amor interesado y servil, porque la esposa no ha de amar ni temer como la esclava, ni tampoco ha de servir por el jornal del estipendio. Pero aunque su amor ha de ser filial y generoso por el agrado y bondad inmensa de su esposo, con todo eso se ha de obligar mucho para esto de verle tan rico y liberal; y que por el amor que a las

almas haya criado tanta variedad de bienes visibles, para que sirvan todos a quien sirve a Su Majestad, y sobre todo por los tesoros ocultos que tiene prevenidos en abundancia de dulzura para los que le temen (Sal., 30, 20), como hijos de esta verdad. Quiero, que te des por muy obligada a tu Señor y Padre, Esposo y Amigo, conociendo cuán ricas son las almas que por gracia llegan a ser hijas y carísimas tuyas; pues, como poderoso padre, tiene prevenidos tantos y tan diversos bienes para sus hijos, y todos para cada uno, si fueren necesarios. No tiene descargo el desamor de los hombres en medio de tantos motivos e incentivos, ni su ingratitude admite disculpa a vista de tantos beneficios y estándolos recibiendo sin medida.

108. Advierte, pues, carísima, que no eres advenediza (Ef., 2, 19) ni extraña en esta casa del Señor, que es su Iglesia Santa, pero eres doméstica y esposa de Cristo entre los santos, alimentada con sus favores y regalos de esposa. Y porque todos los tesoros y riquezas que son del esposo pertenecen a la legítima esposa, considera de cuántos te hace participante y señora. Goza, pues, de todos como doméstica y cela su honra como hija y esposa tan favorecida y agradece todas estas obras y beneficios, como si para ti sola fueran criados por tu Señor, y ámale y reverencíale por ti y por los demás prójimos, para quienes fue tan liberal. Y en todo esto imita con tus flacas fuerzas lo que has entendido que yo hacía, y advierte, hija, que será muy de mi agrado que engrandezcas y alabes al Todopoderoso, con fervoroso afecto, por lo que su diestra Divina me favoreció y enriqueció esta novena, que fue sobre toda ponderación humana.

CAPITULO 10

Despacha la Beatísima Trinidad al Santo Arcángel Gabriel que anuncie y evangelice a María Santísima

cómo es elegida para Madre de Dios.

109. Determinado estaba por infinitos siglos, pero escondido en el secreto pecho de la sabiduría eterna, el tiempo y hora conveniente en que oportunamente se había de manifestar en la carne el gran sacramento de piedad, justificado en el espíritu, predicado a los hombres, declarado a los ángeles y creído en el mundo (1 Tim., 3, 16). Llegó, pues, la plenitud de este tiempo (Gal., 4, 4), que hasta entonces, aunque lleno de profecías y promesas, estaba muy vacío, porque le faltaba el lleno de María santísima, por cuya voluntad y consentimiento habían de tener todos los siglos su complemento, que era el Verbo Eterno humanado, pasible y reparador. Estaba predestinado este misterio antes de los siglos (1 Cor., 2, 7), para que en ellos se ejecutase por mano de nuestra divina doncella; y estando ella en el mundo, no se debía dilatar la redención humana y venida del Unigénito del Padre, pues ya no andaría como de prestado en tabernáculos (2 Sam., 7, 6) o ajenas casas, mas viviría de asiento en su templo y casa propia, edificada y enriquecida con sus mismas anticipadas expensas (1 Par., 22, 5), mejor que el templo de Salomón con las de su padre Santo Rey David.

110. En esta plenitud de tiempo pre finito determinó el Altísimo enviar su Hijo unigénito al mundo, y confiriendo —a nuestro modo de entender y de hablar— los decretos de su eternidad con las profecías y testificaciones hechas a los hombres desde el principio del mundo, y todo esto con el estado y santidad a que había levantado a María Santísima, juzgó convenía todo esto así para la exaltación de su santo nombre y que se manifestase a los Santos Ángeles la ejecución de esta su eterna voluntad y decreto y por ellos se comenzase a poner por obra. Habló Su Majestad al Santo Arcángel Gabriel con aquella voz o palabra que les intima su santa voluntad; y aunque el

orden común de ilustrar Dios a sus divinos espíritus es comenzar por los superiores y que aquéllos purifiquen e iluminen a los inferiores por su orden hasta llegar a los últimos, manifestando unos a otros lo que Dios reveló a los primeros, pero en esta ocasión no fue así, porque inmediatamente recibió este Santo Arcángel del mismo Señor su embajada.

111. A la insinuación de la voluntad Divina estuvo presto San Gabriel, como a los pies del trono, y atento al ser inmutable del Altísimo, y Su Majestad por sí le mandó y declaró la legacía que había de hacer a María Santísima y las mismas palabras con que la había de saludar y hablar; de manera que su primer autor fue el mismo Dios, que las formó en su mente Divina, y de allí pasaron al Santo Arcángel, y por él a María Purísima. Reveló junto con estas palabras el Señor muchos y ocultos sacramentos de la encarnación al Santo príncipe Gabriel, y la Santísima Trinidad le mandó fuese [y] anunciase a la divina doncella cómo la elegía entre las mujeres para que fuese Madre del Verbo Eterno y en su virginal vientre le concibiese por obra del Espíritu Santo, y ella quedando siempre virgen; y todo lo demás que el paraninfo divino había de manifestar y hablar con su gran Reina y Señora.

112. Luego declaró Su Majestad a todo el resto de los Ángeles cómo era llegado el tiempo de la redención humana y que disponía bajar al mundo sin dilación, pues ya tenía prevenida y adornada para Madre suya a María Santísima, como en su presencia lo había hecho, dándole esta suprema dignidad. Oyeron los divinos espíritus la voz de su Criador y, con incomparable gozo y hacimiento de gracias por el cumplimiento de su eterna y perfecta voluntad, cantaron nuevos cánticos de alabanza, repitiendo siempre en ellos aquel himno de Sión: *Santo, santo, santo eres, Dios y Señor de Sabaot (Is 6, 3)*. Justo y poderoso eres, Señor Dios nuestro, que vives en las

alturas y miras a los humildes de la tierra (Sal., 112, 5-6). Admirables son todas tus obras, Altísimo, encumbrado en tus pensamientos.

113. Obedeciendo con especial gozo el soberano príncipe Gabriel al divino mandato, descendió del supremo cielo, acompañado de muchos millares de Ángeles hermosísimos que le seguían en forma visible. La de este gran príncipe y legado en como de un mancebo elegantísimo y de rara belleza: su rostro tenía refulgente y despedía muchos rayos de resplandor, su semblante grave y majestuoso, sus pasos medidos, las acciones compuestas, sus palabras ponderosas y eficaces y todo él representaba, entre severidad y agrado, mayor deidad que otros ángeles de los que había visto la divina Señora hasta entonces en aquella forma. Llevaba diadema de singular resplandor y sus vestiduras rozagantes descubrían varios colores, pero todos refulgentes y muy brillantes, y en el pecho llevaba como engastada una cruz bellísima que descubría el misterio de la encarnación a que se encaminaba su embajada, y todas estas circunstancias solicitaron más la atención y afecto de la prudentísima Reina.

114. Todo este celestial ejército con su cabeza y príncipe San Gabriel encaminó su vuelo a Nazaret, ciudad de la provincia de Galilea, y a la morada de María Santísima, que era una casa humilde y su retrete un estrecho aposento desnudo de los adornos que usa el mundo, para desmentir sus vilezas y desnudez de mayores bienes. Era la divina Señora en esta ocasión de edad de catorce años, seis meses y diecisiete días, porque cumplió los años a ocho de septiembre, y los seis meses y diecisiete días corrían desde aquél hasta éste en que se obró el mayor de los misterios que Dios obró en el mundo.

115. La persona de esta divina Reina era dispuesta y de

más altura que la común de aquella edad en otras mujeres, pero muy elegante del cuerpo, con suma proporción y perfección: el rostro más largo que redondo, pero gracioso, y no flaco ni grueso, el color claro y tantito moreno; la frente espaciosa con proporción; las cejas en arco perfectísimas; los ojos grandes y graves, con increíble e indecible hermosura y columbino agrado, el color entre negro y verde oscuro; la nariz seguida y perfecta; la boca pequeña y los labios colorados y sin extremo delgados ni gruesos; y toda ella en estos dones de naturaleza era tan proporcionada y hermosa que ninguna otra criatura humana lo fue tanto. El mirarla causaba a un mismo tiempo alegría y reverencia, afición y temor reverencial; atraía el corazón y le detenía en una suave veneración; movía para alabarla y enmudecía su grandeza y muchas gracias y perfecciones; y causaba en todos los que advertían divinos efectos que no se pueden fácilmente explicar; pero llenaba el corazón de celestiales influjos y movimientos divinos que encaminaban a Dios.

116. Su vestidura era humilde, pobre y limpia, de color plateado, oscuro o pardo que tiraba a color de ceniza, compuesto y aliñado sin curiosidad, pero con suma modestia y honestidad. Cuando se acercaba la embajada del cielo, ignorándolo ella, estaba en altísima contemplación sobre los misterios que había renovado el Señor en ella con tan repetidos favores los nueve días antecedentes. Y por haberla asegurado el mismo Señor, como arriba dijimos (Cf. supra n.94), que su Unigénito descendería luego a tomar forma humana, estaba la gran Reina fervorosa y alegre en la fe de esta palabra y, renovando sus humildes y encendidos afectos, decía en su corazón: ¿Es posible que ha llegado el tiempo tan dichoso en que ha de bajar el Verbo del eterno Padre a nacer y conversar con los hombres (Bar., 3, 38), que le ha de tener el mundo en posesión, que le han de ver los

mortales con ojos de carne, que ha de nacer aquella luz inaccesible, para iluminar a los que están poseídos de tinieblas? ¡Oh quién mereciera verle y conocerle! ¡Oh quién besara la tierra donde pusiera sus divinas plantas!

117. Alegraos, cielos, y consuéllese la tierra (Sal., 95, 11), y todos eternamente le bendigan y alaben, pues ya su felicidad eterna está vecina. ¡Oh hijos de Adán afligidos por la culpa, pero hechuras de mi amado, luego levantaréis la cabeza y sacudiréis el yugo de vuestra antigua cautividad! Ya se acerca vuestra redención, ya viene vuestra salud. ¡Oh padres antiguos y profetas, con todos los justos que esperáis en el seno de Abrahán detenidos en el limbo, luego llegará vuestro consuelo, no tardará vuestro deseado y prometido Redentor! Todos le magnifiquemos y cantemos himnos de alabanza. ¡Oh quién fuera sierva de sus siervas! ¡Oh quién fuera esclava de aquella que Isaías (Is., 7, 14) le señaló por Madre! ¡Oh Emmanuel, Dios y hombre verdadero! ¡Oh llave de David, que has de franquear los cielos! ¡Oh Sabiduría eterna! ¡Oh Legislador de la nueva Iglesia! Ven, ven, Señor, a nosotros y libra de la cautividad a tu pueblo, vea toda carne tu salud (Cf. las antífonas mayores, llamadas de la Oh, y el oficio litúrgico del Adviento).

118. En estas peticiones y operaciones, y muchas que no alcanza mi lengua a explicar, estaba María Santísima en la hora que llegó el Ángel San Gabriel. Estaba purísima en el alma, perfectísima en el cuerpo, nobilísima en los pensamientos, eminentísima en santidad, llena de gracias y toda divinizada y agradable a los ojos de Dios, que pudo ser digna Madre suya y eficaz instrumento para sacarle del seno del Padre y traerle a su virginal vientre. Ella fue el poderoso medio de nuestra redención y se la debemos por muchos títulos, y por esto merece que todas las naciones y generaciones la bendigan y eternamente la alaben (Lc., 1, 48). Lo que sucedió con la

entrada del embajador celestial diré en el capítulo siguiente:

119. Sólo advierto ahora una cosa digna de admiración, que para recibir la anunciación del Santo Arcángel y para el efecto de tan alto misterio como se había de obrar en esta divina Señora, la dejó Su Majestad en el ser y estado común de las virtudes que dije en la primera parte (Cf. supra p. I n. 677-717). Y esto dispuso el Altísimo porque este misterio se había de obrar como sacramento de fe, interviniendo las operaciones de esta virtud con las de la esperanza y caridad, y así la dejó el Señor en ellas para que creyese y esperase en las Divinas palabras. Y precediendo estos actos se siguió lo que luego diré con la cortedad de mis términos y limitadas razones; y la grandeza de los sacramentos me hace más pobre de ellas para explicarlos.

Doctrina de la Reina y Señora del cielo.

120. Hija mía, con especial afecto te manifiesto ahora mi voluntad y el deseo que tengo de que te hagas digna del trato íntimo y familiar con Dios, y que para esto te dispongas con gran desvelo y solicitud, llorando tus culpas y olvidando y negando todo lo visible, de suerte que para ti no imagines ya otra cosa fuera de Dios. Para esto te conviene poner en ejecución toda la doctrina que hasta ahora te he enseñado, y en lo que adelante hubieres de escribir te manifestaré. Yo te encaminaré y guiaré para cómo te has de gobernar en esta familiaridad y trato con los favores que de su dignación recibieres, concibiéndole en tu pecho por la fe, por la luz y gracia que te diere. Y si primero no te dispones con esta amonestación, no alcanzarás el cumplimiento de tus deseos, ni yo el fruto de mi doctrina que te doy como tu maestra.

121. Pues hallaste sin merecerlo el tesoro escondido y la preciosa margarita (Mt., 13, 44-46) de mi enseñanza y doctrina, desprecia cuanto pudieras poseer, para apropiarte sola esta prenda de inestimable precio; que con ella recibirás todos los bienes juntos y te harás digna de la amistad íntima del Señor y de su habitación eterna en tu corazón. En recambio de esta gran dicha, quiero mueras a todo lo terreno y ofrezcas tu voluntad deshecha en afectos de agradecido amor, y que a imitación mía de tal manera seas humilde, que de tu parte quedes persuadida y reconocida que nada vales, ni puedes, ni mereces, ni eres digna de ser admitida por esclava de las siervas de Cristo.

122. Advierte qué lejos estaba yo de imaginar la dignidad que el Altísimo me prevenía de Madre suya; y esto era en ocasión que ya me había prometido la brevedad de su venida al mundo y me obligaba a desearla con tantos afectos de amor, que el día antes de este maravilloso sacramento me pareció hubiera muerto, resuelto mi corazón en estas congojas amorosas, si la Divina Providencia no me confortara. Dilataba mi espíritu con la seguridad de que luego descendería del Cielo el Unigénito del Eterno Padre, y por otra parte mi humildad me inclinaba a pensar si por vivir yo en el mundo se retardaría su venida. Considera, pues, carísima, el sacramento de mi pecho y qué ejemplar es éste para ti y para todos los mortales. Y porque es dificultoso que recibas y escribas tan alta sabiduría, mírame en el Señor, donde a su Divina luz meditarás y entenderás mis acciones perfectísimas; sígueme por su imitación y camina por mis huellas.

CAPITULO 11

Oye María Santísima la embajada del Santo Ángel;

ejecutase el Misterio de la Encarnación, concibiendo al Verbo Eterno en su vientre.

123. Confesar quiero en presencia del cielo y de la tierra y sus moradores y del Criador universal de todo y Dios eterno que, llegando ,a tomar la pluma para escribir el arcano misterio de la Encarnación, desfallecen mis flacas fuerzas, enmudece mi lengua y se hielan mis discursos, se pasman mis potencias y me hallo toda atajada y sumergido el entendimiento, encaminándole a la Divina luz que me gobierna y enseña. En ella se conoce todo sin engaño, se entiende sin rodeos, y veo mi insuficiencia y conozco el vacío de las palabras y la cortedad de los términos, para llenar los conceptos de un sacramento que en epílogo comprende al mismo Dios y a la mayor obra y maravilla de su omnipotencia. Veo en este misterio la divina y admirable armonía de la infinita providencia y sabiduría, con que desde su eternidad lo ordenó y previno y desde la creación del mundo lo ha venido encaminando, para que todas sus obras y criaturas viniesen a ser medio ajustado para el fin altísimo de bajar Dios al mundo hecho hombre.

124. Veo cómo para descender el Verbo Eterno del seno de su Padre aguardó y eligió por tiempo y la hora más oportuna el silencio de la media noche (Sab., 18, 14) de la ignorancia de los mortales, cuando toda la posteridad de Adán estaba sepultada y absorta en el sueño del olvido y en la ignorancia de su Dios verdadero, sin haber quien abriese su boca para confesarle y bendecirle, salvo algunos pocos de su pueblo. Todo el resto del mundo estaba con silencio y lleno de tinieblas, habiendo corrido una larga noche de cinco mil y casi doscientos años, sucediendo unos siglos y generaciones a otras, cada cual en el tiempo prefinido y determinado por la eterna sabiduría, para que todos pudiesen conocer a su Criador y topar con Él, pues le tenían tan cerca que en sí mismo

les daba vida, ser y movimiento (Act., 17, 27-28). Pero como no llegaba el claro día de la luz inaccesible, aunque de los mortales andaban algunos como ciegos, tocando las criaturas, no atinaban con la divinidad, y sin conocerla, se la daban a las cosas sensibles y más viles de la tierra (Rom., 1, 23).

125. Llegó, pues, el dichoso día en que despreciando el Altísimo los largos siglos de tan pesada ignorancia (Act., 17, 30), determinó manifestarse a los hombres y dar principio a la redención del linaje humano, tomando su naturaleza en las entrañas de María Santísima, prevenida para este misterio, como queda dicho (Cf. supra c. 1 al 9). Y para mejor declarar lo que de él se manifiesta, es forzoso anticipar algunos sacramentos ocultos que sucedieron al descender el Unigénito del pecho de su Eterno Padre. Supongo que entre las Divinas Personas, como la fe lo enseña, aunque hay distinción personal, no hay desigualdad en la sabiduría, omnipotencia, ni en los demás atributos, como tampoco la puede haber en la sustancia de la divina naturaleza; y como en dignidad y perfección infinita son iguales, así también lo son en las operaciones que llaman *ad extra*, porque salen fuera del mismo Dios a producir alguna criatura o cosa temporal. Estas operaciones son indivisas entre las tres divinas personas, porque no las hace una sola persona, sino todas tres en cuanto son un mismo Dios y tienen una sabiduría, un entendimiento y una voluntad; y así como sabe el Hijo y quiere y obra lo que sabe y quiere el Padre, así también el Espíritu Santo sabe y quiere y obra lo mismo que el Padre y el Hijo.

126. Con esta indivisión ejecutaron y obraron todas tres personas con una misma acción la obra de la Encarnación, aunque sola la Persona del Verbo recibió en sí a la naturaleza de hombre, uniéndola hipostáticamente a sí mismo; y por esto decimos que fue enviado el Hijo por

el Eterno Padre, de cuyo entendimiento procede, y que le envió su Padre por obra del Espíritu Santo, que intervino en esta misión. Y como la persona del Hijo era la que venía a humanarse al mundo, antes que sin salir del seno del Padre descendiese de los cielos y en aquel divino consistorio, en nombre de la misma humanidad que había de recibir en su persona, hizo una proposición y petición, representando los merecimientos previstos, para que por ellos se le concediese a todo el linaje humano su redención y el perdón de los pecados, por quienes había de satisfacer a la divina justicia. Pidió el *fiat* de la beatísima voluntad del Padre que le enviaba, para aceptar el rescate por medio de sus obras y pasión santísima y de los misterios que quería obrar en la nueva Iglesia y ley de gracia.

127. Aceptó el Eterno Padre esta petición y méritos previstos del Verbo y le concedió todo lo que propuso y pidió para los mortales, y él mismo le encomendó a sus escogidos y predestinados como herencia o heredad suya; y por esto dijo el mismo Cristo nuestro Señor por San Juan que no perdió ni perecieron los que su Padre le dio, porque los guardó todos, salvo el hijo de perdición (Jn., 17, 12; 18, 9), que fue Judas (Iscariotes). Y otra vez dijo que de sus ovejas nadie le arrebataría alguna de su mano (Jn., 10, 28), ni de su Padre. Y lo mismo fuera de todos los nacidos, si como fue suficiente la redención se ayudaran ellos para que fuera eficaz para todos y en todos; pues a ninguno excluyó su Divina Misericordia, si todos la admitieran por medio de su Reparador.

128. Todo esto —a nuestro entender— precedía en el cielo en el trono de la Beatísima Trinidad, antes del *fiat* de María Santísima, que luego diré. Y al tiempo de descender a sus virginales entrañas el Unigénito del Padre, se conmovieron los cielos y todas las criaturas. Y por la unión inseparable de las tres Divinas personas,

bajaron todas con la del Verbo, que sólo había de encarnar; y con el Señor y Dios de los ejércitos salieron todos los de la celestial milicia, llenos de invencible fortaleza y resplandor. Y aunque no era necesario despejar el camino, porque la divinidad lo llena todo y está en todo lugar y nada le puede estorbar, con todo eso, respetando los cielos materiales a su mismo Criador, le hicieron reverencia y se abrieron y dividieron todos once con los elementos inferiores: las estrellas se innovaron en su luz, la luna y sol con los demás planetas apresuraron el curso al obsequio de su Hacedor, para estar presentes a la mayor de sus obras y maravillas.

129. No conocieron los mortales esta conmoción y novedad de todas las criaturas, así porque sucedió de noche, como porque el mismo Señor quiso que sólo fuese manifiesta a los Ángeles, que con nueva admiración le alabaron, conociendo tan ocultos como venerables misterios escondidos a los hombres, que estaban lejos de tales maravillas y beneficios admirables para los mismos espíritus angélicos, a quienes por entonces solos se remitía el dar gloria, alabanza y veneración por ellos a su Hacedor. Sólo en el corazón de algunos justos infundió el Altísimo en aquella hora un nuevo movimiento e influjo de extraordinario júbilo, a cuyo sentimiento atendieron todos y fueron conmovidos a atención, formaron nuevos y grandes conceptos del Señor; y algunos fueron inspirados, sospechando si aquella novedad que sentían era efecto de la venida del Mesías a redimir el mundo, pero todos callaron, porque cada cual imaginaba que sólo él había tenido aquella novedad y pensamiento, disponiéndolo así el poder divino.

130. En las demás criaturas hubo también su renovación y mudanza. Las aves se movieron con cantos y alborozo extraordinario, las plantas y los árboles se mejoraron en sus frutos y fragancia y respectivamente todas las demás

criaturas sintieron o recibieron alguna oculta vivificación y mudanza. Pero quien la recibió mayor, fueron los Padres y Santos que estaban en el limbo, a donde fue enviado el Arcángel San Miguel para que les diese tan alegres nuevas y con ellas los consoló y dejó llenos de júbilo y nuevas alabanzas. Sólo para el infierno hubo nuevo pesar y dolor, porque al descender el Verbo Eterno de las alturas sintieron los demonios una fuerza impetuosa del poder divino, que les sobrevino como las olas del mar y dio con todos ellos en lo más profundo de aquellas cavernas tenebrosas, sin poderlo resistir ni levantarse. Y después que lo permitió la voluntad Divina, salieron al mundo y discurrieron por él, inquiriendo si había alguna novedad a que atribuir la que en sí mismos habían sentido, pero no pudieron rastrear la causa, aunque hicieron algunas juntas para conferirla; porque el poder Divino les ocultó el Sacramento de su Encarnación y el modo de concebir María Santísima al Verbo humanado, como adelante veremos Cf. infra n. 326), y sólo en la muerte y en la cruz acabaron de conocer que Cristo era Dios y hombre verdadero, como allí diremos (Cf. infra n. 1416).

131. Para ejecutar el Altísimo este misterio entró el Santo Arcángel Gabriel, en la forma que dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 113), en el retrete donde estaba orando María Santísima, acompañado de innumerables Ángeles en forma humana visible y respectivamente todos refulgentes con incomparable hermosura. Era jueves a las siete de la tarde al oscurecer la noche. Vio la divina Princesa de los cielos y miróle con suma modestia y templanza, no más de lo que bastaba para reconocerle por Ángel del Señor, y conociéndole, con su acostumbrada humildad quiso hacerle reverencia; no lo consintió el Santo Príncipe, antes él la hizo profundamente como a su Reina y Señora, en quien adoraba los divinos misterios de su Criador, y

junto con eso reconocía que ya desde aquel día se mudaban los antiguos tiempos y costumbre de que los hombres adorasen a los Ángeles, como lo hizo Abrahán (Gén., 18, 2), porque levantada la naturaleza humana a la dignidad del mismo Dios en la Persona del Verbo, ya quedaban los hombres adoptados por hijos suyos y compañeros o hermanos de los mismos Ángeles, como se lo dijo al evangelista San Juan el que no le consintió adoración (Ap., 19, 10).

132. Saludó el Santo Arcángel a nuestra Reina y suya, y la dijo: *Ave gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus* (Lc., 1, 28). Turbóse sin alteración la más humilde de las criaturas, oyendo esta nueva salutación del Ángel. Y la turbación tuvo en ella dos causas: la una, su profunda humildad con que se reputaba por inferior a todos los mortales, y oyendo, al mismo tiempo que juzgaba de sí tan bajamente, saludarla y llamarla bendita entre todas las mujeres, le causó novedad. La segunda causa fue que, al mismo tiempo cuando oyó la salutación y la confería en su pecho como la iba oyendo, tuvo inteligencia del Señor que la elegía para Madre suya, y esto la turbó mucho más, por el concepto que de sí tenía formado. Y por esta turbación prosiguió el Ángel declarándole el orden del Señor, y diciéndola: *No temas, María, porque hallaste gracia con el Señor; advierte que concebirás un hijo en tu vientre y le parirás y le pondrás por nombre Jesús; será grande y será llamado Hijo del Altísimo.* Y lo demás que prosiguió el Santo Arcángel (Ib. 30-31).

133. Sola nuestra prudentísima y humilde Reina pudo entre las puras criaturas dar la ponderación y magnificencia debida a tan nuevo y singular sacramento, y como conoció su grandeza, dignamente se admiró y turbó. Pero convirtió su corazón humilde al Señor, que no podía negarle sus peticiones, y en su secreto

le pidió nueva luz y asistencia para gobernarse en tan arduo negocio; porque —como dije en el capítulo pasado (Cf. supra n. 119)— la dejó el Altísimo para obrar este misterio en el estado común de la fe, esperanza y caridad, suspendiendo otros géneros de favores y elevaciones interiores que frecuente o continuamente recibía. En esta disposición replicó y dijo a San Gabriel lo que prosigue San Lucas (Lc., 1, 34): *¿Cómo ha de ser esto de concebir y parir hijo, porque ni conozco varón ni lo puedo conocer?* Al mismo tiempo representaba en su interior al Señor el voto de castidad que había hecho y el desposorio que Su Majestad había celebrado con ella.

134. Respondióla el Santo Príncipe Gabriel: Señora, sin conocer varón, es fácil al poder Divino haceros madre; y el Espíritu Santo vendrá con su presencia y estará de nuevo con vos, y la virtud del Altísimo os hará sombra para que de vos pueda nacer el Santo de los Santos, que se llamará Hijo de Dios. Y advertid que vuestra deuda Elísabet también ha concebido un hijo en su estéril senectud, y éste es el sexto mes de su concepción; porque nada es imposible para con Dios (Ib. 35-37), y el mismo que hace concebir y parir a la que era estéril, puede hacer que vos, Señora, lleguéis a ser su Madre quedando siempre Virgen y más consagrada vuestra gran pureza; y al Hijo que paríredes le dará Dios el trono de su padre David, y su reino será eterno en la casa de Jacob (Ib. 32). No ignoráis, Señora, la profecía de Isaías, que concebirá una virgen y parirá un hijo que se llamará Emmanuel, que es *Dios con nosotros (Is., 7, 14)*. Esta profecía es infalible y se ha de cumplir en vuestra persona. Asimismo sabéis el gran misterio de la zarza que vio Moisés ardiendo sin ofenderla el fuego (Ex., 3, 2), para significar en esto las dos naturalezas divina y humana, sin que ésta sea consumida de la divina, y que la Madre del Mesías le concebirá y parirá sin que su pureza virginal quede violada. Acordaos también,

Señora, de la promesa que hizo nuestro Dios eterno al Patriarca Abrahán, que después del cautiverio de su posteridad en Egipto a la cuarta generación (Gén., 15, 16) volverían a esta tierra; y el misterio de esta promesa era que en esta cuarta generación (El misterio de esta cuarta generación es que se hallan cuatro generaciones: primera de Adán sin padre ni madre; segunda, de Eva sin madre; tercera, concepción de padre y madre, que es la común de todos; cuarta, de madre sin padre, que es la de Jesucristo Nuestro Señor) por Vuestro medio rescataría Dios humanado a todo el linaje de Adán de la opresión del demonio. Y aquella escala que vio Jacob dormido (Gén., 28, 12), fue una figura expresa del camino real que el Verbo Eterno en carne humana abriría, para que los mortales subiesen a los cielos y los ángeles bajasen a la tierra, a donde bajaría el Unigénito del Padre para conversar en ella con los hombres y comunicarles los tesoros de su divinidad con la participación de las virtudes y perfecciones que están en su ser inmutable y eterno.

135. Con estas razones y otras muchas informó el embajador del cielo a María Santísima, para quitarla la turbación de su embajada con la noticia de las antiguas promesas y profecías de la Escritura y con la fe y conocimiento de ellas y del poder infinito del Altísimo. Pero como la misma Señora excedía a los mismos ángeles en sabiduría, prudencia y toda santidad, deteníase en la respuesta para darla con el acuerdo que la dio; porque fue tal cual convenía al mayor de los misterios y sacramentos del poder Divino. Ponderó esta gran Señora que de su respuesta estaba pendiente el desempeño de la Beatísima Trinidad, el cumplimiento de sus promesas y profecías, el más agradable y acepto sacrificio de cuantos se le habían ofrecido, el abrir las puertas del paraíso, la victoria y triunfo del infierno, la redención de todo el linaje humano, la satisfacción y recompensa de la

Divina justicia, la fundación de la nueva ley de gracia, la gloria de los hombres, el gozo de los ángeles y todo lo que se contiene en haberse de humanar el Unigénito del Padre y tomar forma de siervo (Flp., 2, 7) en sus virginales entrañas.

136. Grande maravilla por cierto, y digna de nuestra admiración, que todos estos misterios, y los que cada uno encierra, los dejase el Altísimo en mano de una humilde doncella y todo dependiese de su *fiat*. Pero digna y seguramente lo remitió a la sabiduría y fortaleza de esta mujer fuerte, que pensándolo con tanta magnificencia y altura no le dejó frustrada su confianza que tenía en ella (Prov., 31, 11). Las obras que se quedan dentro del mismo Dios no necesitan de la cooperación de criaturas, que no pueden tener parte en ellas, ni Dios puede esperarlas para obrar *ad intra*; pero en las obras *ad extra* contingentes, entre las cuales la mayor y más excelente fue hacerse hombre, no la quiso ejecutar sin la cooperación de María Santísima y sin que ella diese su libre consentimiento; para que con ella y por ella diese este complemento a todas sus obras, que sacó a luz fuera de sí mismo, para que le debiésemos este beneficio a la Madre de la sabiduría y nuestra Reparadora.

137. Consideró y penetró profundamente esta gran Señora el campo tan espacioso de la dignidad de Madre de Dios para comprarle (Ib. 16ss.) con un *fiat*; vistióse de fortaleza más que humana y gustó y vio cuán buena era la negociación y comercio de la Divinidad. Entendió las sendas de sus ocultos beneficios, adornóse de fortaleza y hermosura; y habiendo conferido consigo misma y con el paraninfo celestial Gabriel la grandeza de tan altos y divinos sacramentos, estando muy capaz de la embajada que recibía, fue su purísimo espíritu absorto y elevado en admiración, reverencia y sumo intensísimo amor del mismo Dios; y con la fuerza de estos movimientos y

afectos soberanos, como con efecto connatural de ellos, fue su castísimo corazón casi prensado y comprimido con una fuerza que le hizo destilar tres gotas de su purísima sangre y, puestas en el natural lugar para la concepción del cuerpo de Cristo Señor nuestro, fue formado de ellas por la virtud del Divino y Santo Espíritu; de suerte que la materia de que se fabricó la humanidad santísima del Verbo para nuestra redención, la dio y administró el Corazón de María Purísima a fuerza de amor, real y verdaderamente. Y al mismo tiempo con la humildad nunca hartó encarecida, inclinando un poco la cabeza y juntas las manos, pronunció aquellas palabras que fueron el principio de nuestra reparación: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum (Lc., 1, 38)*.

138. Al pronunciar este *fiat* tan dulce para los oídos de Dios y tan feliz para nosotros, en un instante se obraron cuatro cosas: la primera, formarse el cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro de aquellas tres gotas de sangre que administró el corazón de María Santísima; la segunda, ser criada el alma santísima del mismo Señor, que también fue criada como las demás; la tercera, unirse el alma y cuerpo y componer su humanidad perfectísima; la cuarta, unirse la divinidad en la persona del Verbo con la humanidad, que con ella unida hipostáticamente hizo en un supuesto la Encarnación, y fue formado Cristo Dios y hombre verdadero. Señor y Redentor nuestro. Sucedió esto viernes a 25 de marzo al romper del alba, o a los crepúsculos de la luz, a la misma hora que fue formado nuestro primer padre Adán, y en el año de la creación del mundo de cinco mil ciento noventa y nueve, como lo cuenta la Iglesia romana en el Martirologio, gobernada por el Espíritu Santo. Esta cuenta es la verdadera y cierta, y así se me ha declarado, preguntándolo por orden de la obediencia. Y conforme a esto, el mundo fue criado por el mes de marzo, que corresponde a su principio de la creación; y

porque las obras del Altísimo todas son perfectas (Dt., 32, 4) y acabadas, las plantas y los árboles salieron de la mano de Su Majestad con frutos, y siempre los tuvieron sin perderlos si el pecado no hubiera alterado a toda la naturaleza, como lo diré de intento en otro tratado, si fuere voluntad del Señor, y lo dejo ahora por no pertenecer a éste.

139. En el mismo instante de tiempo que celebró el Todopoderoso las bodas de la unión hipostática en el tálamo virginal de María Santísima, fue la divina Señora elevada a la visión beatífica y se le manifestó la Divinidad intuitiva y claramente y conoció en ella altísimos sacramentos, de que hablaré en el capítulo siguiente. Especialmente se le mostraron patentes los secretos de aquellas cifras que recibió en el adorno que dejó dicho (Cf. supra n.82) la pusieron en el capítulo 7, y también las que traían sus ángeles. El divino niño iba creciendo naturalmente en el lugar del útero con el alimento, sustancia y sangre de la Madre Santísima, como los demás hombres, aunque más libre y exento de las imperfecciones que los demás hijos de Adán padecen en aquel lugar y estado; porque de algunas accidentales y no pertenecientes a la sustancia de la generación, que son efectos del pecado, estuvo libre la Emperatriz del cielo, y de las superfluidades imperfectas que en las mujeres son naturales y comunes, de que los demás niños se forman, sustentan y crecen; pues para dar la materia que le faltaba de la naturaleza infecta de las descendientes de Eva, sucedía que se la administraba, ejercitando actos heroicos de las virtudes, y en especial de la caridad. Y como las operaciones fervorosas del alma y los afectos amorosos naturalmente alteran los humores y sangre, encaminábala la Divina Providencia al sustento del Niño Divino, con que era alimentada naturalmente la humanidad de nuestro Redentor y la Divinidad recreada con el beneplácito de heroicas

virtudes. De manera que María Santísima administró al Espíritu Santo, para la formación del cuerpo, sangre pura, limpia, como concebida sin pecado, y libre de sus pensiones. Y la que en las demás madres, para ir creciendo los hijos, es imperfecta e inmunda, la Reina del cielo daba la más pura, sustancial y delicada, porque a poder de afectos de amor y de las demás virtudes se la comunicaba, y también la sustancia de lo mismo que la divina Reina comía. Y como sabía que el ejercicio de sustentarse ella era para dar alimento al Hijo de Dios y suyo, tomábale siempre con actos tan heroicos, que admiraba a los espíritus angélicos que en acciones humanas tan comunes pudiese haber realces tan soberanos de merecimiento y de agrado del Señor.

140. Quedó esta divina Señora en la posesión de Madre del mismo Dios con tales privilegios, que cuantos he dicho hasta ahora y diré adelante no son aún lo menos de su excelencia, ni mi lengua lo puede manifestar; porque ni al entendimiento le es posible debidamente concebirlo, ni los más doctos ni sabios hallarán términos adecuados para explicarlos. Los humildes, que entienden el arte del amor divino, lo conocerán por la luz infusa y por el gusto y sabor interior con que se perciben tales sacramentos. No sólo quedó María Santísima hecha cielo, templo y habitación de la Santísima Trinidad y transformada, elevada y deificada con la especial y nueva asistencia de la Divinidad en su vientre purísimo, pero también aquella humilde casa y pobre oratorio quedó todo divinizado y consagrado por nuevo santuario del Señor. Y los divinos espíritus, que testigos de esta maravilla asistían a contemplarla, con nuevos cánticos de alabanza y con indecible júbilo engrandecían al Omnipotente y en compañía de la felicísima Madre le bendecían en su nombre, y del linaje humano, que ignoraba el mayor de sus beneficios y misericordias.

Doctrina de la Reina Santísima María.

141. Hija mía, admirada te veo, con razón, por haber conocido con nueva luz el misterio de humillarse la divinidad a unirse con la naturaleza humana en el vientre de una pobre doncella como yo lo era. Quiero, pues, carísima, que conviertas la atención a ti misma y ponderes que se humilló Dios viniendo a mis entrañas, no para mí sola, mas también para ti misma como para mí. El Señor es infinito en misericordias y su amor no tiene límite; y de tal manera atiende y asiste a cualquiera de las almas que le reciben y se regala con ella, como si sola aquélla hubiera criado y por ella se hubiera hecho hombre. Por esta razón debes considerarte como sola en el mundo, para agradecer con todas tus fuerzas de afecto la venida del Señor a él; y después le darás gracias, porque juntamente vino para todos. Y si con viva fe entiendes y confiesas que el mismo Dios, infinito en atributos y eterno en la majestad, que bajó a tomar carne humana en mis entrañas, ese mismo te busca, te llama, te regala, acaricia y se convierte a ti todo (Gal., 2, 20), como si fueras tú sola criatura suya, pondera bien y considera a qué te obliga tan admirable dignación y convierte esta admiración en actos vivos de fe y de amor; pues todo lo debes a tal Rey y Señor, que se dignó de venir a ti, cuando no le pudiste buscar ni alcanzar.

142. Todo cuanto este Señor te puede dar fuera de sí mismo te pareciera mucho, mirándolo con luz y afecto humano, sin atender a lo superior. Y es verdad que de la mano de tan eminente y supremo Rey cualquiera dádiva es digna de estimación. Pero si atiendes al mismo Dios y le conoces con luz Divina y sabes que te hizo capaz de su divinidad, entonces verás que si ella no se te comunicara y viniera Dios a ti todo lo criado fuera nada y despreciable para ti, y sólo te gozarás y quietarás con saber que tienes tal Dios, tan amoroso, amable, tan

poderoso, suave, rico, y que siendo tal y tan infinito, se digna de humillarse a tu bajeza para levantarte del polvo y enriquecer tu pobreza y hacer contigo oficio de pastor, de padre, de esposo y amigo fidelísimo.

143. Atiende, pues, hija mía, en tu secreto a los efectos de esta verdad. Pondera bien y confiere el amor dulcísimo de este gran Rey para contigo en su puntualidad, en sus regalos y caricias, en los favores que recibes, en los trabajos que de ti fía, en la lucerna que ha encendido su Divina ciencia en tu pecho para conocer altamente la infinita grandeza de su mismo ser, lo admirable de sus obras y misterios más ocultos. Esta ciencia es el primer ser y principio, la base y fundamento de la doctrina que te he dado para que llegues a conocer el decoro y magnificencia con que has de tratar los favores y beneficios de este Señor y Dios, tu verdadero bien, tesoro, luz y guía. Mírale como a Dios infinito, amoroso y terrible. Oye, carísima, mis palabras, mi enseñanza y disciplina, que en ella está la paz y lumbre de los ojos.

CAPITULO 12

De las operaciones que hizo el alma santísima de Cristo Señor nuestro en el primer instante de su concepción, y lo que obró entonces su Madre Purísima.

144. Para entender mejor las primeras operaciones del alma santísima de Cristo nuestro Señor, suponemos lo que en el capítulo pasado, núm. 138, queda advertido: que todo lo sustancial de este divino misterio, como es la formación del cuerpo, creación e infusión del alma y la unión de la individua humanidad con la Persona del Verbo, sucedió y se obró en un instante; de manera que no podemos decir que en algún instante de tiempo fue Cristo nuestro bien hombre puro, porque siempre fue

hombre y Dios verdadero; pues cuando había de llegar la humanidad a llamarse hombre ya era y se halló Dios, y así no se pudo llamar hombre solo ni en un instante, sino Hombre-Dios y Dios-Hombre. Y como al ser natural, siendo operativo se puede seguir luego la operación y acción de sus potencias, por esto **en el mismo instante que se ejecutó la Encarnación fue beatificada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la visión y amor beatífico**, topando luego —a nuestro modo de entender— sus potencias de entendimiento y voluntad con la misma divinidad que su ser de naturaleza había topado, uniéndose a ella por su sustancia, y las potencias por sus operaciones perfectísimas, al mismo ser de Dios, para que en el ser y obrar quedase todo deificado.

145. La grande admiración de este sacramento es que tanta gloria, y de más a más toda la grandeza de la Divinidad inmensa, estuviesen resumidas en tan pequeño epílogo, como un cuerpecito no mayor que una abeja o una almendra no muy grande, porque no era mayor que esto la cantidad del cuerpo santísimo de Cristo Señor nuestro, cuando se celebró la concepción y unión hipostática; y que asimismo quedase aquella gran pequeñez con suma gloria y pasibilidad, porque juntamente fue su humanidad gloriosa y pasible, **fue comprensor y viador**. Pero el mismo Dios, que en su poder y sabiduría es infinito, pudo estrechar tanto y encoger su misma divinidad siempre infinita, que sin dejar de serlo la encerrase en la corta esfera de un cuerpo tan pequeño por admirable y con nuevo modo de estar en él. Y con la misma omnipotencia hizo que aquella alma santísima de Cristo nuestro Señor en la parte superior de las más nobles operaciones fuese gloriosa y comprensora, y que toda aquella gloria sin medida quedase como represada en lo supremo de su alma, y suspensos los efectos y dotes que había de comunicar consiguientemente a su cuerpo, para que según esta razón **fuese juntamente pasible y**

viador, sólo para dar lugar a nuestra redención por medio de su cruz, pasión y muerte.

146. Para obrar todas estas operaciones y las demás que había de hacer la santísima humanidad, se le infundieron en el mismo instante de su concepción todos los hábitos que convenían a sus potencias y eran necesarios para las acciones y operaciones, así de comprensor como de pasible y viador; y así tuvo ciencia beata e infusa, tuvo gracia justificante y los dones del Espíritu Santo, que, como dice Isaías (Is., 11, 2), descansaron en Cristo. **Tuvo todas las virtudes, excepto la fe y esperanza, que no se compadecían con la visión y posesión beatífica.** Y si alguna otra virtud hay que suponga alguna imperfección en el que la tiene, no podía estar en el Santo de los santos, que ni pudo hacer pecado ni se halló dolo en su boca (Is., 53, 9; 1 Pe., 2, 22). De la dignidad y excelencia de la ciencia y gracia, virtudes y perfecciones de Cristo nuestro Señor, no es necesario hacer aquí más relación, porque esto enseñan los sagrados doctores y los maestros de teología largamente. Basta para mí saber que todo fue tan perfecto cuanto pudo extenderse el poder Divino y a donde no alcanza el juicio humano, porque donde estaba la misma fuente (Sal., 35, 10), que es la Divinidad, había de beber aquella alma santísima de Cristo del torrente sin límite ni tasa, como dice David (Sal., 109, 7). Así tuvo plenitud de todas las virtudes y perfecciones.

147. Deificada y adornada el alma santísima de Cristo nuestro Señor con la Divinidad y sus dones, el orden que tuvieron sus operaciones fue éste: la primera, ver y conocer la Divinidad intuitivamente como es en sí y como estaba unida a su humanidad santísima; luego, amarla con sumo amor beatífico; tras de esto, reconocer el ser de la humanidad inferior al ser de Dios; y se humilló profundísimamente, y con esta humillación dio gracias al

inmutable ser de Dios por haberle criado y por el beneficio de la unión hipostática, con que le levantó al ser de Dios, juntamente siendo hombre. Conoció también cómo su humanidad santísima era pasible y el fin de la redención, y con este conocimiento se ofreció en sacrificio acepto por Redentor del linaje humano y admitiendo el ser pasible en nombre suyo y de los hombres dio gracias al Eterno Padre. Reconoció la compostura de su humanidad santísima, la materia de que había sido formada y cómo María Purísima se la administró a fuerza de caridad y de ejercitar heroicas virtudes. Tomó la posesión de aquel santo tabernáculo y morada, agradóse de él y de su hermosura eminentísima y complacióse y adjudicóse por propiedad suya para *in aeternum* el alma de la más perfecta y pura criatura. Alabó al Eterno Padre porque la había criado con tan excelentísimos realces de gracias y dones y porque la había hecho exenta y libre de la común ley del pecado en que todos los descendientes de Adán habían incurrido, siendo hija suya. Oró por la Purísima Señora y por San José, pidió la salud eterna para ellos. Todas estas obras y otras que hizo fueron altísimas, como de hombre y Dios verdadero y, fuera de las que tocan a la visión y amor beatífico, con todas y con cualquiera de ellas mereció tanto que con su valor y precio se pudieran redimir infinitos mundos, si fuera posible que los hubiera.

148. Y con solo el acto de obediencia que hizo la santísima humanidad unida al Verbo, de admitir la pasibilidad y que la gloria de su alma no resultase al cuerpo, fuera superabundante nuestra redención. Mas aunque sobreabundaba para nuestro remedio, no saciaba su amor inmenso para los hombres, si con voluntad efectiva no nos amara hasta el fin del amor (Jn., 13, 1) que era el mismo fin de su vida, entregándola por nosotros con las demostraciones y condiciones de mayor afecto que el entendimiento humano y angélico pudo

imaginar. Y si al primer instante que entró en el mundo nos enriqueció tanto, ¡qué tesoros, qué riquezas de merecimientos nos dejaría cuando salió de él, por su pasión y muerte de Cruz, después de treinta y tres años de trabajos y operaciones tan divinas! ¡Oh inmenso amor!, ¡oh caridad sin término!, ¡oh misericordia sin medida!, ¡oh piedad liberalísima! y ¡oh ingratitud y olvido torpísimo de los mortales a la vista de tan inaudito como importante beneficio! ¿Qué fuera de nosotros sin Él? Y ¿qué hiciéramos con este Señor y Redentor nuestro, si él hubiera hecho menos por nosotros, pues no nos obliga y mueve haber hecho todo lo que pudo? Si no le correspondemos como Redentor que nos dio vida y libertad eterna, oigámosle como maestro, sigámosle como capitán, como luz y caudillo que nos enseña el camino de nuestra verdadera felicidad.

149. No trabajó este Señor y Maestro para sí, ni merecía el premio de su alma santísima, ni los aumentos de su gracia, mereciéndolo todo para nosotros; porque Él no lo había menester, ni podía recibir aumento de gracia ni de gloria, que de todo estaba lleno, como dijo el evangelista (Jn., 1, 14), porque era Unigénito del Padre, junto con ser hombre. No tuvo en esto símil ni lo puede tener, porque todos los Santos y puras criaturas merecieron para sí mismos y trabajaron con fin de su premio; sólo el amor de Cristo fue sin interés todo para nosotros. Y si estudió y aprovechó (Lc., 2, 52) en la escuela de la experiencia, eso mismo hizo también para enseñarnos y enriquecernos con la experiencia de la obediencia (Heb., 5, 8) y con los méritos infinitos que alcanzó y con el ejemplo que nos dio (1 Pe., 2, 21) para que fuésemos doctos y sabios en el arte del amor; que no se aprende perfectamente con solos los afectos y deseos, si no se pone en práctica con obras verdaderas y efectivas. En los misterios de la vida santísima de Cristo nuestro Señor no me alargaré, por mi incapacidad, y me remitiré a los

evangelistas, tomando sólo aquello que fuere necesario para esta divina Historia de su Madre y Señora nuestra; porque estando tan juntas y encadenadas las vidas del Hijo y Madre santísimos, no puedo excusarme de tomar algo de los Evangelios y añadir también otras cosas que ellos no dijeron, porque no era necesario para su historia, ni para los primeros tiempos de la Iglesia Católica.

150. A todas las operaciones dichas, que obró Cristo Señor nuestro en el instante de su concepción, se siguió en otro instante la visión beatífica de la divinidad que tuvo su Madre Santísima, como queda dicho en el capítulo pasado, núm. 139; y en un instante de tiempo puede haber muchos que llaman de naturaleza. En esta visión conoció la divina Señora con claridad y distinción el misterio de la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana en la Persona del Verbo Eterno, y la Beatísima Trinidad la confirmó en el título, nombre y derecho de Madre de Dios, como en toda verdad y rigor lo era, siendo madre natural de un hijo que era Dios eterno, con la misma certeza y verdad que era hombre. Y aunque esta gran Señora no cooperó inmediatamente a la unión de la Divinidad con la humanidad, no por esto perdía el derecho de Madre verdadera de Dios, pues concurrió administrando la materia y cooperando con sus potencias, en cuanto le tocaba como madre; y más madre que las otras, pues en aquella concepción y generación concurría ella sola sin obra de varón. Y como en las otras generaciones se llaman padre y madre los agentes que concurren con el concurso natural que a cada uno le dio la naturaleza, aunque no concurren inmediatamente a la creación del alma ni infusión de ella en el cuerpo del hijo, así también y con mayor razón María Santísima se debía llamar y se llama Madre de Dios, pues en la generación de Cristo, Dios y hombre verdadero, sola ella concurrió como Madre sin otra causa natural y mediante este concurso y generación nació Cristo hombre y Dios.

151. Conoció asimismo en esta visión la Virgen Madre todos los misterios futuros de la vida y muerte de su Hijo dulcísimo y de la redención del linaje humano y nueva ley del Evangelio que con ella se había de fundar, y otros grandiosos y ocultos secretos que a ningún otro santo se le manifestaron. Viéndose la prudentísima Reina en la presencia clara de la Divinidad y con la plenitud de ciencia y dones que como a Madre del Verbo se le dieron, humillóse ante el trono de Su Majestad inmensa y toda deshecha en su humildad y amor adoró al Señor en su ser infinito y luego en la unión de la humanidad santísima. Dióle gracias por el beneficio y dignidad de Madre que había recibido y por el que hacía Su Majestad a todo el linaje humano. Dióle alabanzas y gloria por todos los mortales. Ofrecióse en sacrificio acepto, para servir, criar y alimentar a su Hijo dulcísimo y para asistirle y cooperar, cuanto de su parte fuese posible, a la obra de la redención, y la Santísima Trinidad la admitió y señaló por coadjutora para este sacramento. Pidió nueva gracia y luz divina para esto y para gobernarse en la dignidad y ministerio de Madre del Verbo humanado y tratarle con la veneración y magnificencia debida al mismo Dios. Ofreció a su Hijo Santísimo todos los hijos de Adán futuros, con los padres del limbo, y en nombre de todos y de sí misma hizo muchos actos heroicos de virtudes y grandes peticiones, que no me detengo en referirlas por haber dicho otras en diferentes ocasiones (Cf. supra n. 11, 50, 53, 88, 93; antes p. I n. 233, 334, 438), de que se puede colegir lo que haría la divina Reina en ésta que excedía tanto a todo lo demás, hasta aquel dichoso y feliz día.

152. En la petición que hizo para gobernarse dignamente como Madre del Unigénito del Padre, fue más instante y afectuosa con el Altísimo, porque a esto le obligaba su humilde corazón y estaba más de próximo la razón de su

encogimiento y deseaba ser gobernada en este oficio de madre para todas sus acciones. Respondiéndola el Todopoderoso: Paloma mía, no temas, que yo te asistiré y gobernaré, ordenándote todo lo que hubieres de hacer con mi Hijo Unigénito.— Con esta promesa volvió y salió del éxtasis en que había sucedido todo lo que he dicho, y fue el más admirable que tuvo. Restituida a sus sentidos, lo primero que hizo fue postrarse en tierra y adorar a su Hijo Santísimo, Dios y hombre, concebido en su virginal vientre; porque esta acción no la había hecho con las potencias y sentidos corporales y exteriores, y ninguna de las que pudo hacer en obsequio de su Criador, dejó pasarle ni de ejecutarla la prudentísima Madre. Desde entonces reconoció y sintió nuevos efectos divinos en su alma santísima y en todas sus potencias interiores y exteriores. Y aunque toda su vida había tenido nobilísimo estado en la disposición de su alma y cuerpo santísimo, pero desde este día de la Encarnación del Verbo quedó más espiritualizada y divinizada con nuevos realces de gracia y dones indecibles.

153. Pero nadie piense que todos estos favores y unión con la Divinidad y humanidad de su Hijo Santísimo lo recibió la purísima Madre para que viviese siempre en delicias espirituales, gozando y no padeciendo. No fue así, porque, a imitación de su dulcísimo Hijo, en el modo posible, vivió esta Señora gozando y padeciendo juntamente, sirviéndole de instrumento penetrante para su corazón la memoria y noticia tan alta que había recibido de los trabajos y muerte de su Hijo Santísimo. Y este dolor se medía con la ciencia y con el amor que tal Madre debía y tenía a tal Hijo y frecuentemente se le renovaba con su presencia y conversación. Y aunque toda la vida de Cristo y de su Madre Santísimos fue un continuado martirio y ejercicio de la Cruz, padeciendo incesantes penalidades y trabajos, pero en el candidísimo y amoroso corazón de la divina Señora hubo

este linaje especial de padecer: que siempre traía presente la pasión, tormentos, ignominias y muerte de su Hijo. Y con el dolor de treinta y tres años continuados celebró la vigilia tan larga de nuestra redención, estando oculto este sacramento en su pecho solo, sin compañía ni alivio de criaturas.

154. Con este doloroso amor, llena de dulzura amarga, solía muchas veces atender a su Hijo Santísimo, y antes y después de su nacimiento, hablándole en lo íntimo del corazón, le repetía estas razones: Señor y Dueño de mi alma, hijo dulcísimo de mis entrañas, ¿cómo me habéis dado la posesión de madre con la dolorosa pensión de haberos de perder quedando huérfana, sin vuestra deseable compañía? Apenas tenéis cuerpo donde recibir la vida, cuando ya conocéis la sentencia, de vuestra dolorosa muerte para rescate de los hombres. La primera de vuestras obras fuera de sobreabundante precio y satisfacción de sus pecados. ¡Oh si con esto se diera por satisfecha la justicia del Eterno Padre, y la muerte y los tormentos se ejecutaran en mí! De mi sangre y de mi ser habéis tomado cuerpo, sin el cual no fuera posible padecer vos, que sois Dios impasible e inmortal. Pues si yo administré el instrumento o el sujeto de los dolores, padezca yo también con vos la misma muerte. ¡Oh inhumana culpa, cómo siendo tan cruel y causa de tantos males has merecido llegar a tanta dicha, que fuese su Reparador el mismo que por ser el sumo bien te pudo hacer feliz! ¡Oh dulcísimo Hijo y amor mío, quién te sirviera de resguardo, quién te defendiera de tus enemigos! ¡Oh si fuera voluntad del Padre que yo te guardara y apartara de la muerte y muriera en tu compañía y no te apartaras de la mía! Pero no sucederá ahora lo que al Patriarca Abrahán, porque se ejecutará lo determinado. Cúmplase la voluntad del Señor.—Estos suspiros amorosos repetía muchas veces nuestra Reina, como diré adelante (Cf. infra n. 513, 601, 611, 685, etc.),

aceptándolos el Eterno Padre por sacrificio agradable y siendo dulce regalo para el Hijo Santísimo.

Doctrina que me dio nuestra Reina y Señora.

155. Hija mía, pues con la fe y luz divina llegaste a conocer la grandeza de la Divinidad y su inefable dignación en descender del cielo para ti y para todos los mortales, no recibas estos beneficios para que en ti sean ociosos y sin fruto. Adora el ser de Dios con profunda reverencia y alábale por lo que conoces de su bondad. No recibas la luz y gracia en vano (2 Cor., 6, 1), y sírvate de ejemplar y estímulo lo que hizo mi Hijo Santísimo, y yo a su imitación, como lo has conocido; pues siendo verdadero Dios, y yo Madre suya, porque en cuanto hombre era criada su humanidad santísima, reconocimos nuestro ser humano y nos humillamos y confesamos la divinidad más que ninguna criatura puede comprender. Esta reverencia y culto has de ofrecer a Dios en todo tiempo y lugar sin diferencia, pero más especialmente cuando recibes al mismo Señor Sacramentado. En este admirable Sacramento vienen y están en ti por nuevo modo incomprensible la Divinidad y humanidad de mi Hijo Santísimo y se manifiesta su magnífica dignación, poco advertida y respetada de los mortales para dar el retorno de tanto amor.

156. Sea, pues, tu reconocimiento con tan profunda humildad, reverencia y culto, cuanto alcanzaren todas tus fuerzas y potencias, pues aunque más se adelanten y extiendan será menos de lo que tú debes y Dios merece. Y para que suplas en lo posible tu insuficiencia, ofrecerás lo que mi Hijo Santísimo y yo hicimos, y juntarás tu espíritu y afecto con el de la Iglesia triunfante y militante, y con él pedirás, ofreciendo para esto tu misma vida, que todas las naciones vengan a conocer, confesar y adorar a su verdadero Dios humanado por todos; y agradece los

beneficios que ha hecho y hace a todos los que le conocen y le ignoran, a los que le confiesan y niegan. Y sobre todo quiero de ti, carísima, lo que al Señor será muy acepto, y a mí será muy agradable, que te duelas y con dulce afecto te lastimes de la grosería e ignorancia, tardanza y peligro de los hijos de los hombres, de la ingratitud de los fieles hijos de la Iglesia, que han recibido la luz de la fe divina y viven tan olvidados en su interior de estas obras y beneficios de la Encarnación, y aun del mismo Dios, que sólo parece se diferencian de los infieles en algunas ceremonias y obras del culto exterior; pero éstas hacen sin alma y sentimiento del corazón y muchas veces en ellas ofenden y provocan la Divina justicia que debían aplacar.

157. Esta ignorancia y torpeza les nace de no se disponer para adquirir y alcanzar la verdadera ciencia del Altísimo, y así merecen que se aparte de ellos la Divina luz y los deje en la posesión de sus pesadas tinieblas, con que se hacen más indignos que los mismos infieles y su castigo será mayor sin comparación. Duélete de tanto daño de tus prójimos y pide el remedio con lo íntimo de tu corazón. Y para que te alejes más de tan formidable peligro, no niegues los favores y beneficios que recibes, ni con color de ser humilde los desprecies ni olvides. Acuérdate y confiere en tu corazón cuán lejos tomó la corrida (Sal., 18, 7) la gracia del Altísimo para llamarte. Considera cómo te ha esperado consolándote, asegurándote en tus dudas, pacificando tus temores, disimulando y perdonando tus faltas, multiplicando favores, caricias y beneficios. Y te aseguro, hija mía, que debes confesar de corazón que no hizo el Altísimo tal con ninguna otra generación, pues tú nada valías ni podías, antes eras pobre y más inútil que otras. Sea tu agradecimiento mayor que de todas las criaturas.

CAPITULO 13

Declárese el estado en que quedó María Santísima después de la Encarnación del Verbo Divino en su virginal vientre.

158. Cuanto voy descubriendo más los divinos efectos y disposición que resultaron en la Reina del Cielo después de concebir al Verbo Eterno, tantas más dificultades se me ofrecen para continuar esta obra, por hallarme anegada en altos y encumbrados misterios y con razones y términos tan desiguales a lo que de ellos entiendo. Pero siente mi alma tal suavidad y dulzura en este propio defecto, que no me deja arrepentir de todo lo intentado, y la obediencia me anima y aun me compele para vencer lo que en un ánimo débil de mujer fuera muy violento, si me faltara la seguridad y fuerza de este apoyo para explicarme; y más en este capítulo, que se me han propuesto los dotes de gloria que los bienaventurados gozan en el Cielo, con cuyo ejemplo manifestaré lo que entiendo del estado que tuvo la divina emperatriz María, después que fue Madre del mismo Dios.

159. Dos cosas considero para mi intento en los bienaventurados: la una de parte suya, la otra de parte del mismo Dios. De esta parte del Señor hay la Divinidad clara y manifiesta con todas sus perfecciones y atributos, que se llama objeto beatífico, gloria y felicidad objetiva y último fin donde se termina y descansa toda criatura. De parte de los santos se hallan las operaciones beatíficas de la visión y amor y otras que se siguen a éstas en aquel estado felicísimo que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni pudo caer en pensamiento de los hombres (Is., 64, 4; 1 Cor., 2, 9). Entre los dones y efectos de esta gloria que tienen los santos, hay algunos que se llaman dotes, y se los dan, como a la Esposa, para el estado del matrimonio espiritual que han de consumir en el gozo de la eterna felicidad. Y como la esposa temporal adquiere el dominio

y señorío de su dote y el usufructo es común a ella y al esposo, así también en la gloria estos dotes se les dan a los Santos como propios suyos y el uso es común a Dios, en cuanto se glorifica en sus Santos, y a ellos, en cuanto gozan de estos inefables dones, que según los méritos y dignidad de cada uno son más o menos excelentes. Pero no los reciben más de los Santos, que son de la naturaleza del Esposo, que es Cristo nuestro bien, que son los hombres y no los ángeles; porque el Verbo humanado no hizo con los ángeles el desposorio (Hech., 2, 16) que celebró con la humana naturaleza, juntándose con ella en aquel gran sacramento que dijo el Apóstol (Ef., 5, 32), en Cristo y en la Iglesia. Y como el esposo Cristo en cuanto hombre consta, como los demás, de alma y cuerpo, y todo se ha de glorificar en su presencia, por eso los dotes de gloria pertenecen al alma y cuerpo. Tres tocan al alma, que se llaman visión, comprensión y fruición; y cuatro al cuerpo: claridad, impassibilidad, sutilidad y agilidad, y éstos son propiamente efectos de la gloria que tiene el alma.

160. De todos estos dotes tuvo nuestra reina María alguna participación en esta vida, especialmente después de la encarnación del Verbo Eterno en su vientre virginal. Y aunque es verdad que a los bienaventurados se les dan los dotes como a compresores, en prendas y arras de la eterna felicidad inamisible y como en firmeza de aquel estado que jamás se ha de mudar, y por esto no se conceden a los viadores, pero con todo eso, se le concedieron a María Santísima en algún modo, no como comprensora sino como viadora, no de asiento pero como a tiempos y de paso y con la diferencia que diremos. Y para que se entienda mejor la conveniencia de este raro beneficio con la soberana Reina, se advierta lo que dijimos en el capítulo 7 y en los demás (Cf. supra n. 70-122) hasta el de la Encarnación; que en ellos se declara la disposición y desposorio con que previno el Altísimo a

su Madre Santísima para levantarla a esta dignidad. Y el día que en su virginal vientre tomó carne humana el divino Verbo se consumó este matrimonio espiritual en algún modo, en cuanto a esta divina Señora, con la visión beatífica tan excelente y levantada que se le concedió aquel día, como queda dicho (Cf. supra n. 39); aunque para todos los demás fieles fue como desposorio (Os., 2, 19) que se consumará en la patria celestial.

161. Tenía otra condición nuestra gran Reina y Señora para estos privilegios: que estaba exenta de toda culpa actual y original y confirmada en gracia con impecabilidad actual; y con estas condiciones estaba capaz para celebrar este matrimonio en nombre de la Iglesia militante y comprometer todos en ella, para que en el mismo punto que fue Madre del Reparador se estrenasen en ella sus merecimientos previstos, y con aquella gloria y visión transeúnte de la divinidad quedase como por fiadora abonada de que no se les negaría el mismo premio a todos los hijos de Adán, si se disponían a merecerlo con la gracia de su Redentor. Era asimismo de mucho agrado para el Divino Verbo humanado que luego su ardentísimo amor y merecimientos infinitos se lograsen en la que juntamente era su Madre, su primera Esposa y tálamo de la Divinidad, y que el premio acompañase al mérito donde no se hallaba impedimento. Y con estos privilegios y favores que hacía Cristo nuestro bien a su Madre Santísima, satisfacía y saciaba en parte el amor que la tenía, y con ella a todos los mortales; porque para el amor Divino era plazo largo esperar treinta y tres años para manifestar su Divinidad a su misma Madre. Y aunque otras veces le había hecho este beneficio —como se dijo en la primera parte (Cf. supra p. 1 n. 333, 430)— pero en esta ocasión de la Encarnación fue con diferentes condiciones, como en imitación y correspondencia de la gloria que recibió el alma santísima de su Hijo, aunque

no de asiento sino de paso, en cuanto se compadecía con el estado común de viadora.

162. Conforme a esto, el día que María Santísima tomó la posesión real de Madre del Verbo Eterno, concibiéndole en sus entrañas, en el desposorio que celebró Dios con nuestra naturaleza, nos dio derecho a nuestra redención, y en la consumación de este matrimonio espiritual, beatificando a su Madre Santísima y dándole los dotes de la gloria, se nos prometió lo mismo por premio de nuestros merecimientos, en virtud de los de su Hijo Santísimo nuestro Reparador. Pero de tal manera levantó el Señor a su Madre sobre toda la gloria de los santos en el beneficio que este día le hizo, que todos los Ángeles y hombres no pudieron llegar en lo supremo de su visión y amor beatífico al que tuvo esta divina Señora; y lo mismo fue en los dotes que redundan de la gloria del alma al cuerpo, porque todo correspondía a la inocencia, santidad y méritos que tenía, y éstos correspondían a la suprema dignidad entre las criaturas de ser Madre de su Criador.

163. Y llegando a los dotes en particular, el premio del alma es la clara visión beatífica, que corresponde al conocimiento oscuro de la fe de los viadores. Esta visión se le concedió a María Santísima las veces y en los grados que dejo declarado (Cf. supra ib.) y diré adelante (Cf. infla n. 473, 956, 1471, 1523; p. III n. 62, 494, 603, 616, 654, 685). Fuera de esta visión intuitiva tuvo otras muchas abstractivas de la Divinidad, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 6-101). Y aunque todas eran de paso, pero de ellas le quedaban en su entendimiento tan claras aunque diferentes especies, que con ellas gozaba de una noticia y luz de la Divinidad tan alta, que no hallo términos para explicarla; porque en esto fue singular esta Señora entre las criaturas, y en este modo permanecía en ella el efecto de este dote compatible con ser viadora. Y cuando tal vez

se le escondía el Señor, suspendiendo el uso de estas especies para otros altos fines, usaba de sola la fe infusa, que en ella era sobreexcelente y efficacísima. De manera que, por un modo o por otro, jamás perdió de vista aquel objeto Divino y sumo bien, ni apartó de él los ojos del alma por un solo instante; pero en los nueve meses que tuvo en su vientre al Verbo humanado, gozó mucho más de la vista y regalos de la divinidad.

164. El segundo dote es comprensión o tención o aprensión, que es tener conseguido el fin que corresponde a la esperanza y le buscamos por ella para llegar a poseerle inamisiblemente. Esta posesión y comprensión tuvo María Santísima en los modos que corresponden a las visiones dichas, porque como veía a la Divinidad así la poseía. Y cuando quedaba en la fe sola y pura, era en ella la esperanza más firme y segura que lo fue ni será en pura criatura, como también era mayor su fe. Y a más de esto, como la firmeza de la posesión se funda mucho de parte de la criatura en la santidad segura y en no poder pecar, por esta parte venía a ser tan privilegiada nuestra divina Señora, que su firmeza y seguridad en poseer a Dios competía en algún modo, siendo ella viadora, con la firmeza y seguridad de los bienaventurados; porque por parte de la inculpable e impecable santidad tenía seguro el no poder perder jamás a Dios, aunque la causa de esta seguridad en ella, viadora, no era la misma que en ellos gloriosos. En los meses de su preñado tuvo esta posesión de Dios por varios modos de gracias especiales y milagrosas, con que el Altísimo se le manifestaba y unía con su alma purísima.

>> sigue parte 7 >>

